





*Cuentos de mal dormir*

Carlos Maza



*Cuentos de mal dormir*

COLECCIÓN  
AGORA

Editorial  
San  
Marcos

CUENTOS DE MAL DORMIR / COLECCIÓN ÁGORA  
CARLOS MAZA

© Carlos Maza

Composición de interiores: Sylvia Ramos  
Responsable de edición: Adriano Díaz  
Director de la colección: Sandro Bossio  
Diseño de portada: Magaly Sánchez  
[www.magalysanchez.com](http://www.magalysanchez.com)

© Editorial San Marcos E. I. R. L., editor  
Jr. Dávalos Lissón 135, Lima  
Teléfono: 331-1522  
RUC: 20260100808  
*E-mail:* [informes@editorialsanmarcos.com](mailto:informes@editorialsanmarcos.com)

Primera edición: 2012  
Tiraje: ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú  
Registro N.º 2012-  
ISBN: 978-612-302-  
Registro de Proyecto Editorial N.º 3150100

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,  
sin previa autorización escrita del autor y el editor.

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Pedidos:  
Av. Garcilaso de la Vega 974, Lima  
Telfs.: 331-1535 / 331-0968 / 332-3664  
*E-mail:* [ventalibreria@editorialsanmarcos.com](mailto:ventalibreria@editorialsanmarcos.com)  
[www.editorialsanmarcos.com](http://www.editorialsanmarcos.com)

Composición, diagramación e impresión:  
Editorial San Marcos de Aníbal Jesús Paredes Galván  
Av. Las Lomas 1600, Urb. Mangamarca, S. J. L.  
RUC 10090984344

... ciudad perro, ciudad famélica, suntuosa villa,  
ciudad lepra y cólera, hundida ciudad.  
Tuna incandescente. Águila sin alas.  
Serpiente de estrellas.

CARLOS FUENTES  
*La región más transparente*

## UN GATO AHÍ

**H**ay un gato ahí. Está sentado, pasándose la lengua por el pelo mientras espera el primer tufo de hembra en la noche. Hay un montón de basura alrededor de la base de un poste de luz. Más allá del fondo de la calle se ve el brillo tembloroso de una fogata. A un lado, por la abertura de una pared cuarteada y despintada, se enciende la luz de un foco pelón en un cuarto. El gato siente algo y se va al hueco de la noche. No se oye nada. Cualquiera diría que todo está en paz.

## NO TUVISTE MÁS REMEDIO

No tuviste más remedio que quedarte conmigo. ¿Y qué ibas a hacer? De no seguirme cuando decidí huir, te hubieras quedado ahí, quizá para siempre, sin que nadie volviera a saber de ti a menos que yo fuera tan estúpido como para divulgar que tuve que ver con tu muerte o tu desaparición; que fui yo quien te arrastró a semejante situación, que fui yo quien te sembró la mala suerte como semilla contaminada. Pero no. Aquí estamos para contarlo porque a ti no te quedó otra alternativa que venir conmigo (¿o a mí contigo?). Yo no sabía nada.

No se me ocurrió mejor idea que salir al campo ese día. Después de tanto insistir, tocando tu puerta, enviándote flores, acarreando toda mi capacidad de seducción hacia tus orejas, sin que nada diera resultado; la única posibilidad era llevarte lejos, sola, a donde no hubiera distracción alguna entre los dos. Solo así podía ponerte en la encrucijada fatal. Yo ya no me aguantaba las ganas; tú no hacías gran cosa ni por negarte ni por ceder a mi asedio. Al ponerte entre la espada y la pared lograría al menos una decisión negativa, con lo cual —pensaba— liberaría o empezaría a liberar mi cabeza de la idea fija.

No fue cosa mía que en el momento en que cerré la puerta de mi departamento apareciera Joaquín. Fue la casualidad. Me estaba esperando; yo qué sé. Por supuesto que desde el principio me negué a llevarlo a ningún lado, pero no solo insistió hasta el cansancio sino que, dotado de una falta de tacto cercana al despotismo, me acompañó a la puerta del carro, se subió casi a la fuerza —argumentando lo imperioso de su necesidad de un aventón urgente—, y se metió en mi camino.

Le dije —le tuve que decir— que iba a verte, que era importante para mí estar solo contigo, que por favor me dejara. Se rio, se burló todo lo que pudo. Es de esas personas que no respetan nada, mucho menos cuando se trata de cuestiones de amor, que para ellos son lo más ridículo que pudo haber inventado el hombre —o la mujer o los dioses—. Y fueron de tal tamaño sus carcajadas que yo, inseguro y molesto, acepté llevarlo. Ni siquiera sabía para qué. Cuando estábamos en el coche me preguntó hacia dónde íbamos. “A las lagunas de Zempoala”, le dije inocente, incapaz de mentir.

Esperé un comentario burlón más —algo así como: “¡Uy, qué romántico!”—; pero mi sorpresa fue mayor cuando me respondió que le quedaba a toda madre porque él tenía que llegar a Cuernavaca, y desde la carretera le sería más fácil subirse a un autobús.

Quería matarlo cuando dijo eso. Ahora tendría que cargar con él a tu casa y hasta donde tuviera a bien bajarse de nuestras vidas. Detuve el coche, lo miré de frente, con seriedad, a los ojos para decirle que no podía llevarlo, que me disculpara; “otra vez con todo gusto”. Pero lejos de la reacción reflexiva que yo esperaba, tomó su típica actitud

de “nada importa tanto; vamos, hombre, no seas quisquilloso y avanza”.

Fue por eso que cuando llegué por ti cargaba ese paquete. El resto ya lo sabes, lo viste; por eso estás aquí, conmigo. Aunque no te diste cuenta de lo que pasaba hasta un rato después de haber entrado a la carretera; aunque yo mismo no me había percatado de que nos seguían y Joaquín de repente comenzaba a guardar silencio en el asiento de atrás...

Tuve un miedo terrible. No le quería preguntar a Joaquín enfrente de ti lo que estaba pasando, porque no quería que te pusieras nerviosa. ¿Recuerdas el momento en que lo dijo por primera vez, mientras abrazaba su mochilita como a su mamá? “No te vayas a salir de la carretera hacia las lagunas porque nos dan en la madre”.

Debo haberme puesto lívido; seguro fuimos espejo uno del otro. En ese instante, el carro gris con tumbaburros que venía detrás de nosotros tomó en el retrovisor la imagen del peligro, del miedo a lo desconocido. Quizá tú recuerdes mejor que yo los pretextos de Joaquín. Algo dijo que llevaba a entregar a Cuernavaca que no le convenía a ciertos judiciales; algo que encontró tirado en el antro que limpia en las mañanas, después de que la noche anterior habían hecho una redada. Seguro que los judiciales lo habían olvidado en el fragor de su propia violencia. A Joaquín se le ocurrió recogerlo y llevárselo. ¿O habrá estado metido más adentro del problema? Quién sabe. El caso es que cuando nos alcanzaron, no sé si no te diste cuenta o no quisiste evitarlo, aprovechó la confusión para dejar su mochila y tomar tu bolsa.

Tal vez yo no debí dejarlo ahí. Quizá fue el mayor error de mi vida ceder al miedo y aprovechar el momento en

que lo golpeaban para meterte al coche, encenderlo y salir rajando el aire como tren villista, sin saber lo que había en su mochila. El miedo es cabrón. Yo creo que fue también el miedo lo que te llevó, en el colmo de tu arranque de furia, a lanzar por la ventana la mochila de Joaquín, y yo no me detuve a recogerla porque mi miedo me lo impidió, pensando que nos alcanzarían y no harían preguntas antes de disparar.

Sin embargo, ahora que estamos escondidos en este hotelucho de cuarta, en este pueblo rumbo al sur que no sé ni cómo se llama, mientras te bañas para olvidar, creo que la casualidad me dio la oportunidad deseada. Estás conmigo y no tienes de otra. Es más, aunque no quieras, tenemos que dormir en la misma cama —prometo no acosarte, pero no prometo no intentar seducirte—, porque aunque me mandes al suelo, no me iré. Estás conmigo sin remedio. Son tus datos los que tienen en su poder, si les interesa lo que Joaquín llevaba más que él mismo. Aunque hayan anotado el número de placa de mi carro, ni siquiera está a mi nombre, así que conmigo no darán, y además, mañana lo primero que haré será venderlo o cambiarlo, y tendremos que seguir en el camino.

Ni se te ocurra pensar que podemos enfrentarlos para convencerlos de que la mochila de Joaquín la aventaste en un lugar indeterminado de la carretera, allá por Zempoala. Nunca la encontrarían y mucho menos nos creerían. Tal vez fuera algo muy valioso lo que llevaba, algo que pudimos haber vendido. Ni modo, no nos queda más que huir un tiempo y después volver, a ver si se enfrió lo que ni siquiera sabemos qué tan caliente está.

En este momento, ya pasado el susto, solo espero que este asunto, del que aunque parezca, yo no tengo

culpa alguna, no te lleve a odiarme. No sé, hasta creo que estos días que vamos a tener que pasar como vacaciones forzadas ayudarán para convencerte. Tal vez, si Joaquín sobrevive, algún día le agradezca el favor que me ha hecho, porque gracias a él no tuviste más remedio que quedarte conmigo.

## PEGADITO A LAS PAREDES

**R**egresaste tarde, sin dinero y encabronado, luego de caminar desde el bar en medio de esa noche tan clara como las pocas que hubo en todo el año. Hasta entonces, no habías vuelto a sentir aquel denso hundimiento de quien se sabe víctima de la ciudad, envuelto hasta amortajarte en la vida huyendo sobre las calles interminables del monstruo.

Regresaste para mirarte en el espejo, para descubrir de nuevo que estabas harto y que nada se podía hacer. Abriste un cajón del ropero. Hubieras querido encontrar una pistola, pero no había más que unas tijeras. Volviste con ellas al espejo cuando renacían en tu memoria las imágenes del bar, del pleito del que habías salido corriendo porque, según un macho celoso, molestabas a la muchacha. Y ella ni siquiera venía con el celoso, pero lo cierto era que tampoco quería estar contigo.

Diste el primer tijeretazo tomando un mechón del fleco. Los cabellos se esparcieron sobre el lavabo, así que acercaste el basurero para no regar por todo el baño los desperdicios. El pelo cayó por manojos; el bote se llenó de a pocos. No lo tenías muy largo; pero al cortarlo, parecía que algunos pedazos del mundo caían irremisiblemente al vacío.



Asumiste que lo que hacías era definitivo. Te detuviste por un momento, lo pensaste, tuviste miedo; pero entonces te asaltaron todos los recuerdos de las cosas realmente graves que son irreversibles en la historia de un hombre. El pelo crece, con eso no había problema. Creíste que tendrías el valor para enfrentar el lapso de tiempo incómodo que te esperaba, sobre todo por lo disparejo que te había quedado el rape. Habías quedado con la apariencia de un recién salido o escapado de un sanatorio mental.

Una vez terminada la operación lo tomaste con humor. Encendiste la televisión y te pusiste a ver una vieja película policiaca. Pero el cansancio te hizo caer en un sueño muy profundo, que te llevó sin escalas hasta las tres de la tarde del domingo.

Al despertar y descubrir frente al espejo lo que habías hecho la noche anterior, tu propio reflejo te hizo caer en un estado de depresión, peor que ese que te había llevado a cometer aquel atentado contra la vanidad. Te reíste dolorosamente de ti mismo, tras contemplar los huecos y mechoncitos desordenados que te habían quedado en el cráneo, y te sentaste a pensar en nada. Más tarde decidiste salir a la calle.

El primer encuentro fue —tenía que ser— con Lucha, la señora de la tienda, que no te reconoció sino hasta que escuchó tu voz. Comentaste someramente con ella lo pronto que crece el cabello y, sin más explicaciones, seguiste tu camino.

En la primera esquina, cuando estabas a punto de cruzar la calle, se interpuso un auto blanco, de modelo reciente pero bastante golpeado, con un gran letrero en la puerta que ostentaba el espantoso logo de tres iniciales de

la Procuraduría General de Justicia y un número de serie. El conductor, de bigotes, lentes oscuros tipo piloto y aliento alcohólico, que se podía percibir a metros de distancia, te llamó para que te asomaras a hablarle.

—¿A qué se dedica? —te espetó, autoritario.

Cuando te asomabas a la cabina del auto, el judicial sacó la gran pistola y la puso sobre sus piernas, como si fuera una extensión de su pene.

—¡Ya saca, cabrón, la mota, los chochos, lo que traigas...!

No te dejó responderle, inocentemente, que no traías nada. Te pidió una identificación y le diste la licencia para conducir, que afortunadamente habías tramitado un par de semanas antes porque ibas a empezar a entregar pedidos en tu trabajo. Pero en la foto tenías el pelo largo y los bigotes que te habías rasurado recientemente.

—¡Acércate, que te vea bien! —ordenó.

El judicial comparó con expresión incrédula. En lugar de devolverte la licencia amenazó con pegarte un balazo si intentabas huir. Luego te dijo que subieras al auto. Lo rodeaste, abriste la puerta y entraste, pensabas que la culpa del altercado se la debías a tu maldita decisión de raparte la cabeza. El judicial arrancó y —entre amenazas—, continuó exigiéndote que le entregaras lo que no tenías. Te paseó durante un buen rato por las calles del barrio, hasta que encontró una solitaria calle cerrada donde detenerse. Ya oscurecía esa triste tarde de domingo de noviembre. Te informó que estabas en calidad de detenido en investigación; te ordenó que vaciaras los bolsillos. Sacaste monedas, llaves y cigarrillos, y la billetera que él te arrebató para encontrar solo treinta pesos y muchos papeles inútiles.

—¿Ibas por el conecte no? Ya sabes rebien lo que cuesta.

“Ahora es delito el dinero”, pensaste, pero te cuidaste de no mostrarle al hombre una expresión de la más pequeña inconformidad. Estabas en sus manos, lo sabías; aunque a ti mismo te sorprendía tu propia seguridad ante los acontecimientos. Tenías mucho miedo, pero lograbas ocultar perfectamente tu nerviosismo gracias a una frialdad externa de la que tú mismo no te creías capaz.

—¡Voltéate las bolsas del pantalón! —gritó el hombre casi desesperado—. ¡Mejor ya saca lo que traigas, porque si te lo saco yo, te voy a chingar!

—Pero si no traigo nada —respondiste con un dejo de impaciencia.

Al mover la chamarra para demostrar que estaba vacía, uno de sus pesados botones metálicos golpeó la cubierta de plástico de la puerta y el judicial interpretó el ruido como algo que dejabas caer para deshacerte de él. Entonces, se te fue encima. La pistola volvió a ver la luz y recibiste un fuerte cachazo en el rostro.

—¡Órale, pendejo! ¡Qué tiraste! A ver, levántate despacito, déjame ver allá... ¡Quietas las manos!

No encontró nada, por lo que se llenó aún más de rabia y te obligó a desabrocharte el pantalón.

—Pero despacio, no vaya a ser que saques un cuete de ahí.

Te registró, lastimándote y humillándote, y dejó que volvieras a abrochar el pantalón. Luego, con movimientos cortados, bajó del auto, le dio la vuelta y abrió tu puerta.

—¡Bájate, cabrón! A ver, el dobladillo de los pantalones... Ahora los zapatos... Los calcetines. ¡Pinche chavo, pendejo, ya no te hagas el mosca muerta y saca la mierda! —gritó sacudiéndote por la solapa de la chamarra, completamente

fuera de sí, con la voz pastosa de una borrachera que llevaba horas de soledad y resentimiento acumulados.

Te metió una mano cerrada a la bolsa de la chamarra y la sacó abierta para mostrarte el paquete que él seguramente cargaba. Era muy pequeña, pero era una bolsa de marihuana.

—¡Ahí está, pinche mustio! ¡Vas pa' dentro!

Te golpeó de nuevo con la pistola, esta vez con el cañón, y corrió un hilo de sangre desde tu ceja. Te empujó al interior del auto y azotó la puerta antes de que terminaras de meter la pierna. No pudiste contener un pequeño quejido, que solo logró provocar más la ira del judicial.

Él subió al auto y arrancó violentamente, mientras te amenazaba a gritos con los separos y las más atroces torturas, para que delataras a quien no conocías. El coraje te permitió mantener la calma, para tratar de dominar el dolor del portazo en tu tobillo.

Después, todo sucedió en un instante. Aunque el judicial trataba de intimidarte diciéndote que sus compañeros andaban cerca, te diste cuenta de que la radio de intercomunicación estaba apagada. La pistola había quedado a un lado de la palanca de velocidades y el policía mantenía una mano ocupada con el volante, mientras con la otra sostenía una lata de Sprite con piquete que no había soltado en todo ese tiempo. A alta velocidad, dio vuelta en una calle y la pistola, sin que él se percatara, resbaló hasta el suelo y se detuvo junto a tus pies. Haciendo acopio de valor, de un solo movimiento la levantaste y se la estrellaste en la cara con toda tu fuerza, al mismo tiempo que con la otra mano empujabas el volante para obligarlo a chocar contra un poste. El impacto fue aparatoso; tú mismo te golpeaste

contra el espejo retrovisor, provocando que volviera a sangrar tu ceja.

Antes de que aparecieran los curiosos, comprobaste que el judicial se había dado en la cabeza contra el volante y que estaba inconsciente. Tomaste mecánicamente la pistola y la metiste en una bolsa interior de la chamarra. Abriste la puerta y saliste corriendo del auto, esperando que nadie te hubiera visto.

Te fuiste por las calles más pequeñas del barrio, pegadito a las paredes, protegido por la oscuridad que acababa de cerrarse, hasta llegar a tu departamento. Fue en ese momento cuando te diste cuenta de lo que habías hecho. Si no tenías nada en tu contra, ¿qué más podía haber intentado el judicial? Seguramente te habría soltado, quedándose con tus treinta míseros pesos, después de unas cuantas amenazas más y varias vueltas perdidas por el barrio desierto en domingo. Pero lo habías golpeado y te habías robado su pistola, una reglamentaria de la policía judicial. Entonces recordaste que no habías recuperado tu licencia, que tenía tu dirección; que no tardarían en dar contigo.

En el momento de hacer esa conjetura, tomaste todo el dinero que tenías; metiste algunas cosas en una mochila, sin pensar exactamente cuáles; te pusiste una sudadera, aunque hacía algo de calor, y con una gorra en la cabeza para cubrir la reciente calva a la que aún no te habías acostumbrado, saliste corriendo.

Llevabas apenas tres calles de recorrido cuando recordaste que habías dejado la pistola del judicial sobre el ropero, donde, por no tenerla, hubieras querido que estuviera la noche anterior. Sabías que sería el colmo de la autocondena cuando entraran a registrar el departamento y la

encontraran ahí; tenías que regresar por ella para desaparecerla en el camino.

Volviste tan aprisa como te lo permitió la mochila que cargabas. Te detuviste en la esquina de tu calle; aún no había señales de que estuvieran buscándote. Entraste inconscientemente sigiloso al departamento, tomaste la pistola y la metiste entre el pantalón y tu espalda, cubriéndola con la sudadera y la chamarra.

Estabas a punto de salir de ahí cuando escuchaste el ruido familiar de la puerta de entrada al edificio. La habías dejado sin llave, así que quien fuera podría pasar sin tener que tocar ningún timbre. Te quedaste congelado, en silencio, con el corazón rebotándose violentamente dentro del pecho. Un horrible calor interno recorrió tu cuerpo. Por el ruido supiste que echaban la llave después de cerrar, así que tenía que ser uno de tus vecinos. Esperaste a que pasara, e intentaste verlo por el ojo de la cerradura, pero desde hacía varios días se había fundido el foco del pasillo y no viste sino una sombra que subía las escaleras con pasos lentos, medio arrastrados. Esperaste hasta escuchar que una puerta del piso superior se abría y cerraba.

Solo entonces volviste a salir. Por la prisa que te produjo el tiempo perdido azotaste la puerta. Corrías por las escaleras cuando el ruido de varios motores te detuvo en un descanso. Eran ellos; estabas perdido. No podrías entrar a tu departamento ni salir del edificio. Y como no mantenías relación alguna con los vecinos, sabías que nadie se atrevería a esconderte.

Subiste rápidamente los cuatro pisos del edificio y saliste a la azotea, pensando en alguna alternativa para escapar. Tenías dos opciones: tratar de escalar el piso

de diferencia que había con el edificio de junto y de ahí salvar varios metros hasta la azotea de la escuela, o bajar colgándote de las tuberías de tu propio edificio hasta el taller mecánico de atrás, aunque ahí seguramente estarían sueltos los perros y en la bajada te podrían ver los vecinos por alguna ventana.

Te decidiste por la opción de la escuela. Trepaste a los tanques de gas y, aferrándote a unas tuberías viejas y a los huecos que afortunadamente tenía la pared, alcanzaste el borde. Un ladrillo se soltó y fue a dar sobre uno de los tanques. Te pareció que tocaban las campanas de la Catedral, así que brincaste precipitadamente al otro lado, mientras la vecina del último piso se asomaba a la azotea a ver qué pasaba; la vecina argüendera con la que tuviste problemas desde que llegaste a vivir ahí.

Te quedaste tendido a ras del suelo, inmóvil, hasta que la señora se fue. Cruzaste la azotea desconocida, larga, tratando de no tropezar con los escombros que la cubrían. Asustaste a un gato y el gato te asustó a ti. Ambos maullaron. Echaste un vistazo y viste tres autos detenidos frente a tu edificio, bloqueaban la calle. Dos hombres se habían quedado afuera; quién sabe cuántos habían entrado.

Pensaste en que si lograbas descender los cinco pisos, hasta el patio de la escuela, lo cual era posible por la herrería de las ventanas, te verías obligado a salir por la misma calle y no podrías sortear la vigilancia de los que estaban afuera. No podías perder tiempo, tenías que buscar otra salida. Saltaste una reja a un lado de donde estabas y te dejaste caer un piso hasta el siguiente techo. No sin dificultad cruzaste esta nueva azotea, entre jaulas de tender la ropa, y te escondiste detrás de un tinaco cuando ya se escuchaban

las voces de los hombres en el techo de tu edificio. Escuchabas también, a lo lejos, la voz chillona de la vecina que les informaba del ruido que la había inquietado, pero eran tan comunes los ladrillos que se desprendían en esos edificios viejos y que quedaban regados por ahí, que los hombres no le hicieron caso y se marcharon.

Un profundo suspiro te llenó los pulmones y relajó tus músculos cuando dejaste de escuchar sus voces. Descansaste un momento y pensaste en las alternativas que tenías. Podías escapar por el otro lado de la manzana, cruzando algunas azoteas más, o volver a tu edificio después de un rato de esperar a que las cosas se calmaran. Pero los judiciales o lo que fueran, podían haber dejado a alguien para atraparte cuando llegaras. Seguiste adelante. En una de las casas te sorprendió un perro desde abajo y se quedó ladrando largo rato, pues lo seguías escuchando cuando ya caminabas por la banqueta, tratando de internarte en la colonia, buscando nuevamente las calles más pequeñas y oscuras.

Mientras caminabas, intentaste analizar los sucesos: verte convertido en un prófugo de la manera más estúpida, con muy poco dinero y sin saber a quién recurrir. Buscaste algún lugar donde deshacerte de la pistola del judicial, pero no te decidías porque creías que en cualquier parte alguien podría encontrarla. Tus pasos errabundos te llevaron sin querer hasta la calle en donde se había estampado el auto del judicial, que ya no estaba ahí. Quedaba el recuerdo del impacto en el poste medio doblado. Pasaste por el lugar, pensando en la razón que tenían las viejas películas policíacas acerca de la vuelta del criminal a la escena de sus fechorías y te reíste con desesperación de sentir que eras un criminal en esas circunstancias.

Recargado en la pared de una casa frente al poste chocado, con la vista hacia el suelo, observaste algo que brillaba entre el pasto sin cortar que rodeaba al poste. Era tu licencia, que debía habersele caído al judicial en el impacto. Pero entonces, ¿cómo habían ido a dar a tu casa si no la encontraron? Te diste cuenta del error. No estaban buscándote a ti, todo había sido una estúpida coincidencia. Después de todo, cabía pensar que nadie haría caso de las acusaciones de un judicial de baja jerarquía, en perfecto estado de ebriedad, que trataba de zafarse de la responsabilidad de haber chocado la unidad y perdido la pistola. Seguro pensarían que trataba de ocultar algo más gordo, porque incluso se había quedado con la mariguana que usó para culparte. Y hasta cabía la posibilidad de que ni siquiera fuera judicial sino una vil madrina.

Te sentías mucho más tranquilo después de haber encontrado tu identificación. Quisiste volver a tu casa, pero lo pensaste dos veces antes de emprender el regreso. Primero tenías que desaparecer el arma. Decidiste ir hasta el almacén donde trabajabas, a pasar el resto de la noche con el velador, aunque tuvieras que caminar dos o tres horas para llegar.

En el camino buscaste alguna coladera fácil de abrir para perder la pistola, creyendo que el drenaje sería el mejor sitio. Llevabas varias calles deteniéndote en cada tapa y jalándolas con fuerza, pero hasta entonces no habías podido moverlas ni un centímetro. El arma te incomodaba mucho en la espalda, así que la metiste en la mochila y caminaste apretando el paso para terminar lo más pronto posible con esa pesadilla.

El camino que tomaste pasaba cerca de la casa de un amigo, y aunque hacía largo tiempo que no se veían,

tocaste para pedirle asilo por la noche, para no tener que ir hasta el almacén. Te abrió su mujer, molesta por la hora, pero despertó a tu amigo, quien se rio mucho de tu horroroso corte de pelo. Te dieron unas sábanas para que te quedaras en el sofá de la sala. Tú prometiste que te irías en cuanto amaneciera, luego de explicar simplemente que por lo tarde que era preferías no irte hasta tu casa, con lo inseguras que son las calles; que preferías aguardar hasta el día siguiente para no correr ningún riesgo. Lo de la pistola tendría que esperar.

A las seis y media de la mañana del lunes, te despertó la esposa de tu amigo con un vaso de leche. Era el primer alimento que tomabas desde hacía cerca de día y medio, pero lo recibiste como si fuera un banquete. Te fuiste tranquilo a tu departamento. Parecía que no te había sucedido nada la noche anterior; lo único que te la recordaba era el peso de la pistola en tu mochila.

Cuando llegaste a tu edificio, las señoras del tercer piso chismeaban los sucesos de la noche. Las escuchaste mencionar que habían ido a catear el departamento 12, en el cuarto piso, y que aunque habían hallado restos de drogas, el muchacho que vivía ahí llevaba tal vez semanas sin aparecer. Lo sabían porque no escuchaban sus acostumbrados escándalos desde hacía tiempo.

Tu departamento estaba intacto, nadie había puesto un pie ahí, con lo que acabaste de confirmar tus sospechas al recuperar tu licencia. Te reíste de la odisea que habías emprendido por culpa del miedo, pero pensabas que no había estado mal como aventura, ahora que todo había pasado. Quisiste descansar, dormir todo el día, así que fuiste al teléfono de la esquina para hablar a tu trabajo y pretextar

cualquier enfermedad. Desayunaste opíparamente. Luego escondiste la pistola en el cajón del escritorio, incluso pensaste en conservarla. Sacaste las tijeras para tratar de emparejar los mordiscos que te habías dejado en el pelo. Dormiste el resto del día.

Por la noche, fresco, descansado, saliste a comprar cigarrillos. Al dar la vuelta a la esquina, encontraste tres autos de judiciales estacionados frente a la tienda. Tus piernas flaquearon cuando tus ojos se detuvieron en los de un gordo de bigotes que tenía un gran parche en la frente y que casualmente miraba justo hacia donde apareciste.

—¡Ahí está! —gritó, y todos se fueron detrás de ti que tropezabas con un basurero.

## LA TRAICIÓN DEL OJO

Hace cuatro días amanecí con una hinchazón casi imperceptible en el ojo derecho. No lo habría notado de no ser porque me ardía un poco y eso me hizo ponerle atención frente al espejo. No era nada, una simple irritación seguramente provocada por la falta de sueño, pues en los últimos días había tenido que trabajar hasta tarde, y no había dejado de ir al bar o de desvelarme sin razón alguna.

Al salir de casa, el ojo me ardió con más intensidad y, según el comentario de Ernesto cuando me vio entrar a la oficina, se me había puesto rojo.

—Te ves cansado —dijo Adriana cuando me senté en mi mesa, frente a la suya. Medio en secreto, porque recientemente el jefe había pretendido indagar sobre la vida privada de su personal, le conté que había ido a una fiesta y que me había desvelado.

No por tener que ir a la oficina el sábado en la tarde me iba a perder una fiesta el viernes, pero era cierto que estaba cansado, me sentía perfectamente crudo y lo del ojo se sumaba a mis malestares.

—¿A qué hora llegaste? —me preguntó Adriana.

—A las seis de la mañana, pasaditas —le contesté para no parecer demasiado agresivo, pero ¿qué le importaba?



—Estuvo bueno el “*reven*”, ¿no?

—Más o menos. Lo que pasa es que no tenía cómo regresarme y tuve que esperar hasta conseguir un aventón.

—Ajá. Y la fiesta estaba tan aburrida que la gente no se iba...

Ya no sé qué le dije. ¿Por qué le importaba tanto? El hecho de que hubiéramos tenido algo —un simple besito, si bien apasionado, bastante inocente, después de unas cervezas mientras oíamos *blues*— no implicaba nada para mí. Ella había sido, además, la primera en poner barreras; si ahora lo quería tomar en serio no era bronca mía.

Me puse a trabajar en lo que había quedado pendiente el viernes, aunque sin muchas ganas, no solo por la cruda sino porque sabía que el jefe me pediría que me presentara el domingo por si algo se ofrecía. Empecé a reclamarme la ocurrencia de haber aceptado ese trabajo eterno, sin días y sin horarios, aunque fuera bueno el sueldo. Como a las dos horas frente a la computadora, preparando unas complicadas gráficas de estúpida información, el ardor del ojo despertó con fuerza y así siguió durante todo el día. Lo peor, sin embargo, sucedió mientras el sol caía a plomo sobre el maldito invernadero que es mi oficina, cuando las gotas de sudor salado de la frente se me lograban meter a los ojos, obligándome a cerrarlos por momentos.

Ernesto me dijo que seguramente estaba intoxicado. La hinchazón en los ojos —solo era uno— y el salpullido en el rostro —durante el sueño me habían picado unos mosquitos desnutridos, de ciudad— eran para él señales inequívocas.

—Le voy a hablar a mi esposa para que me diga qué te puedes tomar...

—¡No! —lo interrumpí—, no te molestes, no es nada; me siento perfectamente.

Era cierto, lo único que necesitaba era irme de ahí, terminar de pasar el sábado sin tener que estar frente a la computadora haciendo exactamente lo que menos quería hacer. Por fin, como a las nueve y media de la noche, el jefe decidió terminar el tormento.

Salí hacia mi casa con mi ojo ardoroso y la cruda todavía a cuestas. Leí un rato, pero dejé el libro pues me sentía verdaderamente cansado. Me recosté en la cama y, sin desvestirme, me quedé dormido hasta el domingo.

Soñé contigo. Aparecías frente a mí, era como si reviviera la conversación que tuvimos durante la fiesta. Estabas sentada, con la blusa verde exhibiendo tus hermosos senos, sonriendo, girando sobre la silla para adoptar distintas posturas, dependiendo de si escuchabas o hablabas y qué decías. En el sueño, como en el recuerdo de esa noche, tus ojos aparecían frente a los míos con tanta atracción que por momentos no me daba cuenta de lo que me decías. Pero en el sueño no hubo un final, como en la realidad. No nos fuimos juntos, no me diste ningún aventón a mi casa a las seis de la mañana, no traté de besarte ni tuviste que impedirlo con ese gesto de impaciencia. En mi sueño, te quedaste sentada frente a mí, con la mesita de por medio, hablando y escuchando palabras incomprensibles por innecesarias hasta que desperté.

Casi no podía abrir el ojo derecho. Tuerto, me tomé un café, y no fue sino hasta salir de la regadera que pude separar los párpados completamente. La hinchazón no

había aumentado, seguía exactamente igual, pero el ojo me ardía mucho y se me había puesto muy rojo. Me convencí de que no debía darle demasiada importancia; tenía varias cosas que hacer durante el día, así que no dejaría que un ojo irritado me detuviera.

Fui a la oficina un rato en la mañana, a sacar los documentos finales para una reunión que tendría el jefe el lunes temprano, y en cuanto terminé me fui a buscar a Mariana, mi hermana, para irme con ella y José a la comida de cumpleaños de Armando, mi otro cuñado. Era una comida familiar, pero la habían organizado en San Mateo, en las caballerizas, así que podría pasar la tarde montando a caballo.

Allá sucedió algo extraño. Ensillé a la Mota, la yegua más briosa de las tres que tiene Armando y me fui a dar una vuelta al bosque. Ya en la vereda, la solté a galope, y de repente el ojo me volvió a arder muy intensamente, hasta que se me nubló por completo, haciéndome perder el equilibrio y caer.

El golpe no fue muy fuerte pues fui a dar sobre un montón de yerba, pero en mi ojo derecho había una gran sombra que oscurecía la mitad de mi visión. Me sentía mareado, sin poder levantarme. Busqué sin éxito a la yegua; el ojo me impedía fijar la mirada. Al cabo de un rato, mientras se me pasaba el susto, la oscuridad de mi ojo comenzó a ceder, aunque lo extraño fue que antes de recuperar la visión por completo, apareciste tú en mi mente, como si fueras realmente tú, sentada frente a mí, con tu blusa verde pidiendo a gritos que te la arrancara.

Solo te vi un instante, y lo que llegó a mi cabeza fue la pregunta de por qué te había recordado en ese momento.

Claro que me habías gustado, y cuando alguien llama la atención de otro —me parece que esto es general— ese otro suele pensar en ese alguien constantemente. Pero, en realidad, sentí que me sucedía en el momento menos romántico.

Todo volvió a la normalidad; recuperé la vista completamente, y aunque aún me ardía el ojo, pude ver a la Mota pastar tranquilamente, no muy lejos de donde yo estaba. Volví a montar y regresé a las caballerizas; ya había sido suficiente. Mariana y José estaban a punto de irse, así que nos despedimos y salimos.

En el camino de regreso, mientras platicábamos sobre cualquier cosa, Mariana volteó a verme y me dijo que mi ojo estaba muy rojo.

—Te lo noté desde que llegaste a la casa, pero ahora está peor —dijo.

—Yo también me di cuenta —terció José—. Deberías ver al doctor.

—Quizá tengas razón —accedí—. Tal vez vaya mañana.

Pero la verdad es que no soporto a los doctores, prefiero, por lo común, que las molestias pasen solas. Tengo una confianza ciega en los mecanismos del cuerpo para defenderse a sí mismo. Cuando son cosas realmente graves, estoy de acuerdo con el recurso del matasanos, pero por un simple ojo irritado no creí que fuera necesario ver a un médico.

Traté de llamarte por teléfono, pero nadie contestó, y eso que marqué desde todos los teléfonos públicos que hay entre la casa de Mariana y la mía. Por fin llegué a mi casa, dispuesto a descansar a pierna suelta lo que quedaba del domingo. La irritación del ojo me llevó hasta el espejo para



ver cómo iba el asunto. Era una bola de fuego; el ardor continuaba y la hinchazón había aumentado notablemente. Me puse unas gotas, pero aunque el color se suavizó un poco, la irritación fue mucho más violenta.

Me tiré en la cama y comencé a cabecear. Mi último pensamiento fue de gusto, pues si dormía desde tan temprano, seguro que llegaría fresco a la oficina una mañana de lunes por primera vez en no sé cuántas semanas.

El problema surgió cuando llegaba al sueño profundo: se me coló de nuevo la sombra del ojo derecho; la misma que apareció cuando montaba a la Mota. Pude saberlo aun con los ojos cerrados, aun dormido, porque fue como si una oscuridad visible, tangible, se sobrepusiera, del lado derecho solamente, a la nada que impera en el sueño antes de que nazcan las imágenes.

La angustia que me produjo la sombra logró despertarme, y la gran sorpresa fue que solo mi ojo izquierdo pudo ver algo entre las penumbras del cuarto; el derecho seguía con la nube negra cubriéndolo. Encendí la luz y la situación permaneció igual. Con gran esfuerzo logré vencer un casi ataque de desesperación, puse un disco y me eché en la cama. Pensaba que cuando amaneciera mi ojo estaría bien, que no tenía por qué preocuparme; seguro que la irritación se debía a la contaminación o a cualquier otra cosa. El cansancio me sumergió en un sueño tan profundo que ni siquiera terminé de escuchar la primera canción del disco.

Desperté cansado, como si no hubiera podido dormir bien. El ojo me ardía mucho y estaba irritado, pero podía ver normalmente. Conforme pasaban los minutos recordé las

imágenes que había soñado durante la noche. Eras otra vez tú, a ratos desnuda, salida seguramente de un sueño fantasioso con contenido erótico, en el que había inventado tus senos y tu cintura frotándose contra mi cuerpo, sin haberlos visto nunca. Pero, a ratos, la imagen que volvía era la de haberte soñado tal y como te había conocido, con tu blusa verde convertida en pura esperanza y tu sonrisa que estallaba a cada momento frente a mí. Lo extraño era que ninguna de las imágenes que evocaba, cada vez más mientras avanzaba el día, tenía el brillo que suelen tener los recuerdos de los sueños. Eran opacas, como vistas parciales de lo que pudo haber sido. Y de repente, se confundían, como dos diapositivas superpuestas, tu cuerpo desnudo sobre el mío y la imagen real del recuerdo de aquella noche.

El día pasó como cualquier otro; la oficina, el tedio del trabajo rutinario, las bromas cotidianas con los compañeros, todo igual que siempre. Marqué tu número y nuevamente nadie contestó el teléfono. A la hora de comer decidí esconderme de Adriana —quería que comiéramos juntos—, salir solo y meterme en un café donde no encontrara a nadie. Estuve un rato mirando la calle, con dos tazas de café consecutivas en la mesa, hasta que me aburrí y me fui a caminar. Llovía ligeramente, pero me gustaba caminar así, dejando que mi cabeza se humedeciera con las finas gotas de lluvia ácida, observando a la gente que corría para guarecerse bajo cualquier toldito.

En esas estaba cuando me pareció verte sentada en una fonda. Fue de reojo, y en el momento de detenerme a echar un segundo vistazo, la vista se me nubló nuevamente: resbalé, perdí el equilibrio y caí al suelo. Al levantarme, algo sumamente raro pasó en mi mirada. Era como

si te viera sentada en la mesa de la fonda, pero vestida con la misma blusa verde de aquel día y adoptando exactamente las mismas actitudes, detalle por detalle, con que te conocí.

El ojo derecho me ardió con una intensidad inusitada. Al cerrarlo, casi mecánicamente por el dolor, mi ojo izquierdo vio que dentro de la fonda no estabas tú. De hecho no había nadie. Entonces volví a abrir el ojo derecho y tú apareciste de nuevo. ¿Puedes imaginarte el susto? Estaba sufriendo alucinaciones; alucinaciones graves, y no podía culparte, pues ni siquiera sentía por ti algo cercano al amor. Te había conocido, sí, y me habías gustado, pero eso no era razón suficiente para estar viéndote aparecer en cada lugar a donde iba. ¿O lo era? ¿Me habías embrujado o algo así? ¿Era eso un verdadero mal de ojo?

Decidí no volver a la oficina, de todos modos tendría que enfrentarme con el jefe tarde o temprano, pues ya habíamos tenido demasiadas fricciones, y si esa ausencia injustificada hacía reventar la situación, qué mejor.

Durante el camino a casa, en el metro atascado, mientras yo me sujetaba trabajosamente de uno de los tubos junto a la puerta, con una mujer gorda pisándome un pie y dos jóvenes empujándome pues había invadido su espacio —parecía que el tubo les pertenecía—, te vi sentada hablándole a un yo que no podía ser el que era, al yo que te conoció, no al que viajaba incómodamente a su casa. Cerraba el ojo y desaparecías, y al volverlo a abrir, en otra dirección de la que te había visto, ahí estabas de nuevo, en otro asiento, pero siempre tú con la blusa verde y la risa y los giros. Y mientras tanto, mi ojo izquierdo era el único que parecía mantener la ecuanimidad.

Antes de llegar a casa volví a marcar tu número, con la misma suerte que las otras veces. Lo único que pude hacer una vez en casa, fue sentarme en el sillón y cerrar los ojos para escapar de las alucinaciones que me habían perseguido durante los últimos días. Me fui quedando dormido, y al despertar, los recuerdos de las imágenes de los sueños fueron muy claras esta vez. Me daba cuenta de que mi ojo izquierdo, entre sueños, inventaba fantasías maravillosas e imposibles con un cuerpo desnudo que tenía tu cabeza, mientras que mi ojo derecho se resistía, incluso en el sueño, a ver otra cosa que no fueras tú en la misma situación de siempre.

Lo peor fue descubrir que también despierto te veía, aunque solo fuera con el ojo derecho, como si el muy traidor se hubiera quedado prendado de ti, intentando apresarte para siempre y obligándome a vivir con dos imágenes, distintas pero simultáneas, de la realidad. Esto me producía un terrible dolor de cabeza y, para colmo, el ojo no dejaba de arderme.

Asustado, fui a ver al oculista. Aunque el consultorio estaba vacío, me hizo esperar un largo rato, durante el cual te vi otra vez, sentada en el escritorio de la secretaria. Durante esa espera descubrí que ya ni siquiera cuando cerraba el ojo desaparecías, te quedabas ahí, en medio de una extraña oscuridad.

Por fin el médico me hizo pasar, y después de hacerme una breve revisión con esas lamparitas que usan para explorar las pupilas, me dijo que solo era una pequeña infección, probablemente causada por la contaminación. Me recetó un baño de ojos y me recomendó que tomara unas vacaciones en las montañas porque, de quedarme en la

ciudad, la contaminación seguiría haciéndome daño. Obviamente, no le expliqué que aun mientras me revisaba, yo te estaba viendo, y lo único que pude pensar fue que efectivamente estaba volviéndome loco y te había tomado a ti como pretexto. Volví a buscarte por teléfono, planeando obligarte a curar mi mal, pero no logré comunicarme. Me quedé pensando en que definitivamente me diste un número que no existe.

Anoche ya no pude dormir. En el sueño resultó peor que en la realidad la situación de vivir dos imágenes distintas y superpuestas todo el tiempo, así que preferí quedarme despierto y permanecer con los ojos abiertos, viendo con uno la tranquilizadora penumbra de mi habitación y con el otro tu imagen tan eterna que había empezado a odiar. Incluso podía ver en el fondo de tus pupilas, cuya negrura brilla en medio de tus ojos claros, un reflejo de mí mismo que no era el de ese preciso momento sino el de la noche en que te conocí. No solo te metiste para siempre en mi ojo, sino que metiste contigo un momento de mi vida. ¿Por qué me estás haciendo eso?

El día comienza a clarear y ya no puedo soportar esta esquizofrenia. No quiero verte más; no así, congelada en un momento del tiempo, obligándome a tenerte siempre sin tenerte jamás, a vivir con un insoportable dolor de cabeza que no se va con nada, a sentir que la mitad de mi mirada prefiere verte a ti que lo que queda del mundo. No sé. Hace un rato nació en mí una necesidad incontenible de arrancarte para siempre de mi mirada. Después de todo, no hubiera llegado nunca a tenerte.

¿Qué importa? Lo importante es deshacerme de ti, cueste lo que cueste. Y si pierdo lo demás, lo que tenía antes de que decidieras habitar en mi ojo, me da igual, después de todo no hay mucho que ver en el mundo, y en realidad, cuando duerma —si es que te convertiste, aunque yo no quisiera, en una profunda obsesión—, prefiero que mi ojo izquierdo te imagine desnuda y amándome, que seguir viendo esa maldita imagen tuya, vestida de verde, seduciéndome sin realmente desearlo, riendo y hablando de no sé qué tantas estupideces.

Ahora me tranquiliza tener este parche en el ojo. Ya no me arde, aunque tuve que resistir un dolor increíble hace un momento. Sobre todo, ya no estás ahí. Mientras camino hacia la ventana para ver pasar a la gente con mi ojo izquierdo, pienso que habré de olvidarte poco a poco. Pienso que en realidad nunca te necesité porque nunca exististe. Pienso que estaré mejor, no te buscaré nunca; seré quien siempre he sido.

Pero, recargado en la ventana, mi corazón casi revienta cuando te veo descender de tu auto, vestida de verde otra vez, con el escote abierto, voltear hacia arriba en busca de mi departamento, colándote esta vez en mi ojo izquierdo; quizá buscando meterte en mi nariz, en mi lengua, en mi piel.

## MARIPOSA

Desde que amaneció, las cosas empezaron a andar mal. Pero no era ella, era el día; hay días así, que desde que nacen anuncian con un agüero frío y mojado que van a pasar pesados sobre la tierra.

Desde temprano llovió tupido, con rayos y truenos que se espantaban mutuamente, como hacía mucho tiempo, pero mucho tiempo, que no sucedía. Arcelia misma no recordaba una tormenta igual, aunque su memoria fuera apreciada por todo el barrio como la más exacta y útil. Sabía hasta las fechas de nacimiento de los más pequeños hijos de los vecinos, aun sin poder tolerar sus costumbres, su modo de hablar y pensar. Si es que lo tenían. Pero ahí estaba su memoria, empecinada en recordarlo todo y no encontraba en ella una tormenta como esa.

El primer problema que traía la lluvia era la ropa, que no se iba a secar nunca. Por el contrario, se iba a apestar, malgastándose el trabajo y el tiempo puestos en ella.

Como a las doce del día, el cielo se abrió nomás para demostrar que el sol aún vivía detrás de las densas nubes. Sin embargo, el gris no tardó en volver, recordándole al mundo que hay días en que reina por encima de todas las cosas. También con el oscurecimiento que trajo

el mal tiempo, su atardecer de mediodía, Arcelia perdió las esperanzas de ir al centro. Y le urgía. Debía ir atrás de la Catedral para comprarle sus potencias al Niño. Ya hacía tiempo que se las debía. Milagros o no milagros, la imagen del Santo Niño había permanecido durante varias generaciones sobre el mismo mueble de la misma recámara, y eso ya era protección y ayuda más que suficientes. Le había prometido regalarle una aureola dorada, como la que le robaron tiempo atrás, porque quería verlo más hermoso, porque tenía que expresarle su fe con algo más que la eterna veladora encendida; eterna desde que, antes de los cristeros, un lejano tío abuelo talló la figura sobre un palo de rosa que él mismo hizo crecer en su huerto.

Pero no, no le traería las potencias ese día, y esa mínima desgracia se sumaba al temible ambiente que creaban la lluvia, los rayos y los truenos.

Durante la mañana, Arcelia se sorprendió por otra incongruencia con la rutina. Solo hasta el atardecer se daría cuenta de que también los gatos fueron augurio. Silenciosos, los cachorros se acurrucaron todo el día, sin moverse, en el sillón de la costura. Y la gata negra, la madre, que no los había dejado solos ni un momento durante sus dos meses de vida, no dio muestras de existir mientras llovió. Cuando alimentó a los cachorros, Arcelia buscó a la gata hasta en la azotea, en todos sus escondites conocidos, sin poder dar con ella. En algún momento, los cachorros la llamaron también, pero ella no apareció. A Arcelia le pareció demasiado raro, porque desde que la gata era chiquitita nunca se había esfumado tanto tiempo.

Pero la gota que derramó el vaso, para dejar a Arcelia tumbada e inconsolable por el resto del día, fue la ausencia de don Manuel. Lo extraño fue que ni siquiera trató de esperarlo, sabiendo que a veces se retrasaba, sino que se sintió como si desde la mañana hubiese sabido que Manuel no llegaría.

Él nunca faltaba. Todos los días, después de recorrer las calles, y a su modo ganarse la vida, iba por la tarde a visitar a Arcelia. Era una relación añeja y quizá un poco empolvada de tan quieta. La gente del barrio miraba con un sentimiento entre la compasión y la burla a aquellas dos almas solitarias que se tenían apenas una a la otra cada tarde, casi a diario.

Arcelia, en el tedio de la espera, recordaba los tres días que envolvieron las únicas tres ausencias imprevistas de don Manuel en diecisiete años. Esto no quiere decir que Manuel nunca hubiera faltado, sino que cuando eso sucedía, avisaba a Arcelia desde el día anterior.

—Mañana me voy a pasear, Arcelita —decía con una sonrisa medio torcida que no conocía los espejos.

Arcelia había aprendido a sentir simpatía por esa forma mustia de decirle que se iría a emborrachar o a buscar una prostituta barata, dispuesta a acostarse diez minutos con un ciego. Los chamacos, divertidos, le hacían saber a Arcelia que en eso consistía el “paseo” de don Manuel.

Pero con ella era siempre respetuoso y confiable. Escuchaba cada tarde, con atención de creyente, el fluir de los miles y miles de recuerdos de Arcelia. Solo su voz era capaz de desvelarle el secreto de la luz y los colores. Y ella

también creía que don Manuel podía ver sus recuerdos; no le cabía en la imaginación una oscuridad tan radical como la que, según él, vivía en su mirada.

Esa tarde, la ausencia de don Manuel tenía una extraña carga que se sumaba a la lluvia, a los gatos, a la imagen del Niño triste sin su regalo. Mientras esperaba, Arcelia evocaba sin querer los recuerdos de aquellos tres días aciagos en que esperó la visita de don Manuel. Trataba de evitarlo, pero las imágenes la inundaban con el peso de algo vivo que clamaba por salir. Además, el hecho de que el ciego hubiera evitado siempre hablar sobre las tres muertes que coincidieron con esos días, le hacía temerle, como si realmente él hubiera tenido algo que ver.

“Es un ciego —pensaba—. ¿Quién puede saber lo que ve un ciego? Tal vez en su oscuridad es capaz de ver lo que nuestros ojos vivos pierden entre tanta luz”.

¿Cómo no iba a ponerse nerviosa? Los nervios le picaban en todos los dolores que le había inventado un huesero en la columna vertebral. “¿Para qué sirven tantas hierbas y brebajes?”, se quejaba por dentro, mientras esperaba que dieran las siete y media. Solo entonces daría por sentado que don Manuel no llegaría y echaría la llave del zaguán.

En ese momento, le entraron unos escalofríos por la entrepierna, y ya no pudo cerrar el paso a las claras imágenes de las muertes ocurridas precisamente aquellas tres veces que el ciego no llegó sin avisar el día anterior. Recordó como si describiera, igual que siempre, sus recuerdos a don Manuel, solo que ahora las imágenes se agolpaban angustiosamente en su memoria.

—No sé si llovió las otras veces —la tormenta de su día gris la hizo empezar por ahí, buscando similitudes

entre este y aquellos días—. Creo que la primera... ¡No! La segunda vez, ya me acordé. Era por ahí de julio, uy, hace como diez años. Yo había terminado de hacer mi quehacer cuando me empezaron a dar los dolores, que ya los vengo cargando desde hace bastante tiempo...

Al revivir los recuerdos, Arcelia cambiaba su expresión como si realmente alguien estuviera con ella. Reía, se enfurecía o caía en la melancolía; exactamente igual que cuando narraba para el ciego.

—Fue el mismo día en que se largó la ingrata de la Julia —y veía a la muchacha recoger sus cosas y escapar furtivamente con nada más que una vieja charola de plata, único tesoro de la casa—. Yo me moría con el dolor de espalda y le gritaba que me trajera el remedio, mientras la malnacida huía como una vil ladrona. Y así me quedé, sin poder moverme por el dolor. Al día siguiente, tempranito, empezó el griterío de los chamacos que anunciaban la muerte del hijo de la partera. Decían que lo sacaron de su casa como a una rata de su agujero cuando hacía un negocio criminal, y lo mataron a balazos en la calle. Lo sacaron como a una rata, igual que cuando lo sacó su madre al mundo; sola, encucillada en el suelo de tierra, bajo el aguacero y la luna nueva. El ciego dijo una vez que su madre lo sacó de nalgas; que estaba dos veces maldito, por nacer dándole el culo a la vida, y sin que lo vieran más ojos que los de su madre. Esa fue la vez que llovió. Las otras dos veces no llovió, pero tampoco fueron días hermosos. Nunca son hermosos los días así.

Arcelia se contaba sus recuerdos de manera estructurada. El secreto de su amplia memoria consistía en acomodar sus recuerdos en alguna progresión de

regularidades y después repetírselos al evocarlos, variando apenas detalles insignificantes. Ahora parecía hacerlo para predecir la muerte que se le anunciaba necesaria en la ausencia del ciego, en la tristeza de los gatos, en la tormenta.

—La primera vez fue un par de años antes de esa del hijo de la partera —continuó—. Fue cuando se murió Rosita, con esos gritos de poseída que no dejaron dormir al barrio entero en toda la noche. Y no se murió hasta la madrugada, cuando ya estaba clareando. Es horrible pensarlo, pero no hubo quien no se alegrara de su muerte cuando por fin se acabaron los alaridos. Manuel decía que no se murió, sino que su alma fue reclamada por los espíritus. Y no es por nada, pero esa noche los espíritus anduvieron sueltos y a sus anchas en el barrio. Yo ya había cerrado la puerta del zaguán para merendar e irme a la cama. Julia estaba en su pieza, tal vez ya dormida. De repente, se fue la luz, así nomás, sin razón alguna. Agarrándome de la pared fui a buscar una vela. Ahí fue cuando se oyó un golpazo afuera, afuerita del zaguán, como de algo que se caía y se rompía. Justo ese día había puesto en la ventana una maceta con azáleas que después de esa noche amaneció tirada y rota en la puerta. Cuando oí el golpe no quise ir a ver. “Serán los gatos”, pensé. Pero me empezaron los dolores con el susto que me di cuando escuché claramente que tocaban a la puerta y la empujaban. Alguien andaba ahí, seguro, por el frío tan tremendo que me dio, y se me hace que era medio vivo y medio muerto. Entre el dolor y el susto me metí a la cama, y en ese momento se escucharon los gritos de la loca. Nadie pudo dormir hasta que, entre alaridos, pasó a formar parte de otro mundo. Al día siguiente, por la tarde, vino Manuel, pero se quedó solo



un rato, sin escuchar, como si pensara en otras cosas. Dijo aquello de que a la Rosita se la habían llevado los espíritus y a mí me dieron escalofríos de acordarme de las flores y del frío... Luego nomás se quedó callado, como si su mirada negra cambiara de dirección, buscando en un abismo quién sabe qué cosas que él puede ver.

Arcelia estaba recostada en su sillón, aguantando con imágenes manoseadas tantas y tantas veces los terribles dolores que le provocaban sus nervios en la espalda. Se había llevado uno de los gatos al regazo, donde entre su dolor y el calor que se proporcionaban mutuamente, lo dejaba ronronear.

El recuerdo de esa muerte la había reconciliado con don Manuel, y a través de una extraña complicidad, perdonaba su ausencia. Pero entonces miró a su Santo Niño con su veladora y sintió miedo.

El tiempo pasaba y él no llegaba. El día estaba de mal agüero y el dolor en la espalda la mataba. Para no pensar en más muertes, huyó hacia un recuerdo inocente de su conversación del día anterior con don Manuel.

—Ahora me encontré una mariposa, Arcelita —había dicho después de tomar el primer sorbo de café. Ella había sonreído, y él, como si la hubiera visto, afirmaba—: No, no se ría. ¿Nunca ha visto una de esas mariposas grandes, negras? Yo no sé si es que se les oye el aleteo, pero es cierto que la encontré.

Arcelia pensaba ahora en la mariposa, más que en la remota posibilidad de que el ciego la hubiese visto. La que su imaginación veía era aquella mariposa oscura que durante cuatro o cinco días, cuando era una niña, le había impedido el paso al patio por el temor que le producía. El

temor lo había perdido, pero no la desconfianza.

Su recuerdo inocente derivó de nuevo hacia la angustia. Una mariposa negra no podía ser un buen mensaje. Todo en el ambiente de ese día olía a tragedia, la provocaba. Las imágenes de la tercera ausencia injustificada del ciego se asomaron sin ser llamadas a su pensamiento.

—Fue el día de la muerte del cura, que murió sin santos óleos porque él mismo no se los pudo dar. Fue una muerte lenta y dolorosa. Desde la mañana el cura comenzó a sufrir un tremendo arrepentimiento porque soñó con un ángel que conocía muy bien sus pecados, que andan por el barrio sin apellido. Y que el ángel lo venía a condenar al fuego eterno. No dejó de llorar de terror e inútil arrepentimiento hasta que se murió. No hubo más testigos que uno que había sido sacristán y seguramente se había ido de farra alguna noche con el cura en la sacristía. Su entierro no fue presenciado más que por los enterradores y el párroco de San Agustín, que tenía instrucciones del obispo de no dejar que nadie fuera. Lo excomulgaron ya en la tumba; seguro que se condenó.

Su dolor de espalda se había incrementado, obligándola a encorvarse sobre el sillón. Ya eran las siete y media. Los recuerdos, la ausencia de don Manuel y la persistente lluvia en ese día oscuro de amenazas, la hicieron pensar en los candidatos a una muerte ya prefigurada.

Pensó en el boticario, que había perdido a su mujer pocos meses atrás y todos sabían que no viviría mucho sin ella. Pero sería necesariamente una muerte pacífica y requerida, y eso chocaba con el humor pesado del día.

Tenía que ser algo más trágico. Quizá alguna de las hijas del doctor Domínguez, el notario, quienes a fuerza de

rebeldías y desobediencias se arrimaron poco a poco a la perdición de las calles y los hombres. Seguro que alguna de ellas amanecería al día siguiente desangrada por sus heridas en alguna banqueta de otro barrio, descuartizada en los gritos de los chamacos que llevarían la noticia a todos lados, llenos de risa y burla.

O alguno de los hijos del barrio, que estos tiempos raros habían convertido en rateros y mafiosos; cualquiera de los que habían logrado hundir hasta el fango la paz que en otros tiempos vivieron todos.

Solo muertes de esas merecían un día como aquel, un día de ausencia injustificada de don Manuel, el ciego, que iba a verla mendigando siempre unos rayos de luz de sus palabras.

Estaba a punto de cerrar la ventana de la calle y echarle llave a la puerta del zaguán, cuando se acercó un tropel de muchachos que le gritaba expresamente a Arcelia:

—¡Ya se murió el ciego! ¡Ya se murió el ciego!

¿Cómo podían saber algo? ¿Cómo podían saber que don Manuel no le había avisado el día anterior que no vendría? ¿Cómo podían saber esos mocosos que el día olía a muerto por todos sus costados?

Tenía que creerles. Luchó por no hacerlo, por jurar que la engañaban para burlarse de ella. Pero no podía ser. El día pedía muerto, y precisamente el ciego era un factor del anuncio. Quizá su ausencia, que en las otras ocasiones tuvo que ver con una muerte, esta vez había precedido a la propia. Hasta el cuento de la mariposa que se había encontrado el día anterior cobró sentido en su negrura, que para Arcelia era un presagio oscuro desde pequeña.

Salió sin chal a la calle, azotando violentamente la puerta del zaguán. Pescó del brazo a uno de los más pequeños y le preguntó a gritos si era cierto lo que decían. Mientras lo amenazaba con los más oscuros infiernos si mentía, clavó sus ojos en el rostro suave y cínico del pequeño. Se dio cuenta de que era una niña, con el rostro de la burla iluminado por un rayo de la tormenta. Asustada por la sonrisa de la chiquilla, la soltó sin esperar su respuesta. Y lo creyó todo.

El dolor creció. Soportó varias fuertes punzadas hasta llegar a su sillón, donde se echó espantando al gato y sin preocuparse por cerrar la puerta de la calle. El dolor se le fue metiendo más adentro por la espalda. Llegó al corazón. Juntó fuerzas para ir a buscar al ciego, fuera o no cierto lo que gritaban los niños. Si no era a ella, a nadie le importaría la muerte de Manuel; a nadie más le importaba su vida.

Esta responsabilidad se mezcló poco a poco con la angustia de creer que el ciego le había anunciado su muerte con ese día intransitable, con la mariposa y la tormenta. Hacía más frío ahora. Trató de levantarse, pero un nuevo dolor le hizo perder las fuerzas y se quedó a medio sentar en el sillón, delirante, observando cómo los recuerdos se empezaban a atropellar unos a otros, sin orden ni coherencia alguna en su cabeza.

Se sintió en un remolino que la ahogaba, porque todas esas imágenes habían perdido sus hilos conductores, sus interpretaciones sabidas y aseguradas, y ahora la sumergían en un torbellino de vertiginosa profundidad.

Alcanzó a escuchar ruidos de pasos arrastrados, y algo ligero y metálico que chocaba contra la mesa de la entrada. Pero ya no pudo identificarlo con el bastón del ciego, que



llegaba preocupado, desmintiendo la mala broma de los muchachos.

—¡Aquí estoy, Arcelita! ¡No les haga caso a los chamacos, aquí estoy! —le gritaba desesperado, aunque para ella su voz ya era indistinguible de la tormenta que se enfurecía en su memoria.

Entre las últimas imágenes claras del delirio, antes de que todo fuera nebulosa, oscuridad, ceguera; se alternaban el rostro sin mirada de don Manuel y una enorme mariposa negra que ensombrecía la desesperación del ciego por volverla en sí.

Al final, Arcelia cayó en un último momento de tranquilidad pasmosa, causado por la mariposa que estaba ahí, nítida y extrañamente familiar, apareciendo y desapareciendo en diferentes lugares. Pero ese momento se volvió terror cuando descubrió que los lugares en donde veía a la mariposa, eran los lugares en los que su imaginación fijaba aquellas tres muertes horribles, aquellos tres días de ausencia del ciego. Creyó que la mariposa había estado ahí, anunciándoles, como enviada del Más Allá, el fin de su vida prestada.

Arcelia ya estaba exhausta de delirar. Desembocó en un lapso de lucidez última que solo le dejó ver el rostro pintado de miedo del ciego y a la gata negra entrar furtiva por la puerta del zaguán en busca de sus cachorros. Detrás de ella, posada en una esquina de las paredes y el techo, desplegando la riqueza de sus alas teñidas de mil tonos de negro, la mariposa encargada de absorberle el alma del cuerpo al final de aquel maldito día.

Un fuerte chiflón entró desde la calle, apagó la eterna veladora del Santo Niño, que se quedaría para siempre sin

el regalo de sus potencias, y se llevó a la mariposa hacia afuera, como si conociera bien el camino.

Manuel la sintió como un viento rajando la oscuridad, abriéndole paso a Arcelia hacia el mundo en donde sus ojos tenían entera su facultad.

## LOS APÓSTOLES DEL DIABLO

Llevaba cerca de cuatro horas acostado, sin poder dormir, viviendo el más grande de los martirios. Se había metido a la cama a la hora que siempre lo hacía, pero no había podido cerrar los ojos durante todo ese tiempo y ya le empezaba a pesar demasiado. Había vaciado casi por completo una lata de insecticida en aerosol sin obtener nada más que una molesta irritación en los ojos y en la garganta, que hacía aún más insoportable el suplicio.

—¡Asquerosos insectos! ¡Mosquitos de mierda! —les gritaba a los causantes de su agitado insomnio. Pero ellos, atareados, seguían zumbando alrededor de su cabeza, buscando el sitio y el momento exactos para clavar su sucia trompa, chupar pasmosamente la gota de sangre y engordar como globos que se van flotando despacito. Y, para que no hubiera duda de su malicia, le dejaban la saliva contaminada que —lentamente, cada vez más lentamente—, hacía crecer otra roncha en su piel. Entonces, él se rascaba con coraje hasta conseguir una erupción de sangre de aquellos volcanes que, sin embargo, no lograba matar la comezón.

Pero no era tanto la molestia de las picaduras lo que le impedía dormir sino el constante zumbido en el oído. “¿Por qué no podían, los imbéciles, revolotear todo lo que

quisieran cerca de sus pies o de su estómago? ¿Por qué tenía que ser en el oído?” Estaban ensañados, lo hacían a propósito, como si fueran conscientes de su labor de mercenarios de la noche.

Después de esas cuatro horas, cuatro y media, de sufrimiento, empezaba a pensar que alguna fuerza maligna los animaba a molestarlo de aquel modo, intencionalmente; que un misterioso poder los enviaba en contra suya para buscar algo más que un poco de su sangre. Su falta de sueño, alucinada, pretendía convertirlos en mensajeros de quién sabe qué fantasma de un delirio nocturno.

Cuando por fin perdió la paciencia y se cansó de agitar la mano para tratar inútilmente de alejar a los mosquitos de sus orejas o cuando menos arrancarles a jirones el sueño que le quitaban, jaló las cobijas y se cubrió desde los pies hasta la cabeza. Los zumbidos cesaron, pero el calor del verano, que ni siquiera con las lluvias lograba disminuir, lo asfixiaba impidiéndole nuevamente conciliar el sueño.

Así pasó cerca de dos horas más —ya eran seis y media en total, lo cual significaba que había pasado la noche en vela—, dando vueltas, eligiendo entre el calor y los zumbidos, hasta que el fondo del cansancio lo sacó por fin de sus casillas y de la cama. Tomó la decisión desesperada de acabar a revistazos con sus diabólicos perseguidores; pero al encender la luz, los mosquitos desaparecieron, se desvanecieron como se desvanece un sueño. Después de mucho buscar, a punto de volver a la cama, aunque fuera por los últimos minutos de la noche, asumiendo la idea de pasar el día entre bostezos y despertando las sospechas de la gente en la oficina, vio un mosquito posado en la pared. Estaba semioculto, a un lado del ancho marco de un cuadro,

mirando hacia arriba con una calma que lo hacía dar la impresión de tomar una siesta después de un banquete.

Al ver su abdomen oscuro y abultado sufrió un ataque de rabia muy poco usual en él, hombre tranquilo, rutinario, acostumbrado a tener absolutamente todo bajo el más perfecto de los órdenes. Blandió con precisión y fuerza la revista, produciendo un golpe de sonoridad seca que bien pudo haber despertado al vecino del departamento de al lado. Sostuvo la revista contra la pared durante algunos segundos para cerciorarse de que el insecto no había escapado ni podría hacerlo ya. Separó la revista y vio un pequeño manchón rojo en la pared, simétrico al que quedó en la mejilla del presidente de la República que ocupaba, sonriente, la portada de su arma.

Se sintió satisfecho y terminó por recobrar la calma. Revisó la habitación en busca de más mosquitos, aunque lo hizo superficialmente, pues sentía que el que acababa de morir sería suficiente amenaza para que el resto no se atreviera a provocar de nuevo su terrible y justa cólera. Lo único que vio fue otro manchón rojo que, según sus cálculos, debía tener tres o cuatro días de antigüedad.

Gracias al cansancio, pero también a la satisfacción que le brindaba el triunfo sobre su enemigo, logró conciliar un sueño profundo durante una hora; tan profundo que cuando despertó no pudo recordar lo que había soñado, aunque le quedaba la sensación, sobre todo mientras desayunaba, de que había sido de una intensidad anormal.

El día transcurrió como cualquier otro, de no ser por el desvelo que delataban sus pronunciadas ojeras. Pasó sus acostumbrados cuarenta y cinco minutos en el transporte público, para depositarse en la oficina durante cinco horas,

haciendo lo mismo que ayer y anteayer; casi disfrutó su descanso de media hora en la fonda de la esquina, y volvió a su escritorio y sus teléfonos durante cuatro horas más. Al final de la jornada, salió de ahí despacio, pasó a una tienda para comprar cualquier comestible y, sin prisa, se encaminó a casa.

Al llegar a la puerta del edificio, sintió crecer un fuerte enojo contra sí mismo pues se percató de que había olvidado las llaves. Jamás le sucedía algo así. Ni siquiera le fue necesario buscarlas en todos los bolsillos o en el portafolio porque sabía que era inútil, que nunca metería las llaves en otro lugar que no fuera el bolsillo derecho del pantalón; por eso mismo, no usaba llavero sino una argolla pequeña, de una sola vuelta, para que no le estorbara ni le rompiera el forro.

¿Qué hacer ahora? Tendría que llamar al portero y enfrentar su propio mal humor con el de aquel individuo que siempre parecía estar disgustado. Y con ello solo conseguiría abrir la puerta de la calle; aún faltaba la del departamento. Tuvo que molestar a los vecinos de al lado para que lo dejaran cruzar, con mucho cuidado, la reja circundada por negras y peligrosas lanzas de hierro que separaba los dos balcones, la cual, por lo demás, demostró su inutilidad pues él consiguió saltar, aunque no sin rasgar la camisa. Se sintió sumamente ridículo al entrar por la parte de atrás a su casa y ver las llaves colgadas en su lugar, como si no hubiera salido esa mañana.

Mientras atravesaba la puerta de la cocina para volver con el vecino a recoger su portafolio, notó apenas la presencia de un mosquito flaco que lo esperaba junto a las llaves. Al pasar cerca de él vio cómo levantaba el vuelo y

se recriminó a sí mismo por no haberle pedido a la vecina que le pasara el portafolio una vez que estuvo en su lado del balcón, pues por la prisa de no hacerla esperar en el pasillo del edificio, perdió la oportunidad de deshacerse del maldito insecto en cuanto lo vio.

Comió en la cocina lo que había comprado, aún protestando contra su propio olvido. Pensó en cambiar el lugar de las llaves para que no le volviera a suceder. Pero ¿por qué? ¿Por qué si siempre habían estado ahí y nunca antes las había olvidado? Simplemente no volvería a suceder; fue algo inexplicable pero perdonable. Fueron, tal vez, las horas de insomnio, los desesperantes mosquitos. Debía dejar de darle importancia al asunto.

La rutina volvió a su sitio con dificultad, después de los inesperados acontecimientos del día. Solo hasta que apagó la luz para dormir alcanzó a darse cuenta de la magnitud del cansancio que le había provocado la vigilia de la noche anterior.

No había siquiera terminado de cerrar los ojos cuando los causantes de su sufrimiento irrumpieron en su frágil tranquilidad. Al escuchar el primer zumbido de la noche recordó al mosquito posado junto a las llaves olvidadas. Lo imaginó despegarse de la pared y desvanecerse en el vuelo. Intuyó claramente su expresión hambrienta, amenazante, mientras tomaba el rumbo de su habitación con un perfecto conocimiento del aire que surcaba, de las puertas que tenía que atravesar para llegar hasta donde la víctima agitaba la mano tratando de defenderse de él. Comenzaba, otra vez, la doble tortura de los mosquitos y el calor.

Esta vez, no dejó que pasaran las seis horas de la noche anterior; a los diez o quince minutos se levantó. En medio de

la oscuridad, tratando de no hacer ruido, se cercioró de que todas las puertas y ventanas de la habitación estuvieran bien cerradas para que los enemigos no pudieran escapar cuando encendiera la lámpara. Una vez iluminado el cuarto, se armó con la misma revista victoriosa de un día antes y comenzó una nueva batalla. Estaba decidido a entablarla a muerte. No descansaría hasta estar absolutamente seguro de que no quedaba un solo mosquito más, al menos esa noche.

La movilización duró casi una hora y media. Fue difícil, los enemigos se encontraban bien parapetados en los lugares más inaccesibles del cuarto; al final, el saldo fue de tres muertos —solo uno de ellos dejó la mancha roja que indicaba que había logrado concretar un ataque, aunque quizá fuera en la noche anterior— y un herido. Este último creyó que había podido escapar, pero el golpe le cercenó un ala y cayó sin poder alzar de nuevo el vuelo. Él decidió dejarlo ahí y disfrutar verlo morir de cansancio, de tanto mover mecánicamente el músculo de volar y no poder levantarse ni un milímetro. Completamente satisfecho por el éxito de la campaña, apagó la luz y se dejó caer en el sueño que añoraba desde días atrás.

Durante el resto de esa noche de triunfo, tan solo una vez fue levemente molestado. A un paso de la inconsciencia movió la mano izquierda y soñó que con eso vencía a un último enemigo, desbalagado y perdido por el campo de batalla. Después durmió profundamente, y no volvió a sentir la presencia de los mosquitos hasta la mañana siguiente, cuando encontró al malherido de la noche anterior dando sus últimos aleteos infructuosos.

Con el café de la mañana sintió de pronto el peso de un sueño extraño que habría tenido durante la noche, un sueño

irrecordable que se presentaba en forma de una molestia para la consciencia, muy similar a lo que era el zumbido de los mosquitos cuando apenas empezaban a llegar. Esta ligera angustia le hizo entender lo ridículo de su actitud militar contra esos insectos. Era necesario matarlos, sí, pero ¿por qué dejar que se convirtieran en una obsesión? ¿Por qué no, simplemente, comprar insecticidas y repelentes, o uno de esos aparatitos eléctricos que todo el mundo decía que eran tan buenos?

Todo el día estuvo despistado, en actitud meditabunda, aunque sin pensar en nada concreto. Era la angustia aquella que le había nacido en la mañana y que a lo largo del día había crecido. Era como si algo le faltara, como cuando se sale de viaje con la conciencia de que en el lugar de destino se confirmará que no está el cepillo de dientes o que faltan las pantuflas.

Por la noche, al salir de la oficina, después de otra jornada cualquiera, se fue pensando que la rutina era tan semejante cada día, que ya no podía relacionar algunos acontecimientos de su vida con los momentos en que habían sucedido. Era tan exacto el orden de lo que hacía que cualquier cosa podía haber ocurrido un siempre o un nunca; había incluso muchos incidentes que casi podían no haber existido. Se dio cuenta de que se le escapaba la noción del tiempo, porque sus recuerdos no tenían una base cronológica en su memoria; porque su memoria ya no era la conciencia de un tiempo transcurrido. ¿Qué era? ¿Pura costumbre? ¿Consistía la función de la memoria tan solo en no olvidar las llaves, los números de teléfono de sus clientes, la cifra de la cuenta bancaria en que depositaba su cheque de comisiones? Tuvo miedo de que sus recuerdos se

esfumaran como se habían esfumado esos sueños extraños de las últimas noches.

Estos pensamientos lo sumergieron en una melancolía desconocida para él. Se olvidó hasta del camino de regreso a casa, mientras su mente se desviaba hacia esa idea que a veces usaba para bromear consigo mismo: “Los mosquitos, enviados de alguien que debía castigarlo por algún crimen cometido en otra vida. O el mal mismo, desocupado y aburrido, buscando un alma propicia para realizarse. Los mosquitos...”.

La confusión de estas conjeturas, junto a la pesadez de los sueños olvidados que no dejaba de angustiarse, hicieron que se perdiera y llegara a casa mucho más tarde de lo normal, luego de haber recorrido una serie de calles que le parecían desconocidas, nuevas, distintas. Al salir rumbo al trabajo aquella mañana, había pensado en ir a comprar insecticidas, un matamoscas resistente y hasta uno de esos papeles con pegamento, para tener el gusto de ver a un mosquito sano incapaz de despegar. Pero su estado de ánimo y sus extrañas reflexiones lo habían hecho olvidarlo. No había comprado nada, ni siquiera para cenar.

Se sintió molesto. No solía dejar de lado las cosas que se proponía hacer; no era normal que se olvidara de sus objetivos, y ahora, por divagar, por ponerse a pensar en algo inútil, tendría que soportar otra noche de tormento.

Al llegar a su casa, aunque era muy tarde, se dio un baño que le produjo un gran malestar por hacer algo tan ajeno a la rutina. Olvidaba demasiadas cosas y llenaba su cabeza con muchas argumentaciones obtusas. Quiso creer que era algo pasajero, provocado por la falta de sueño en alguien tan acostumbrado a no variar sus horas de descanso.

Y como los mosquitos eran la principal razón de que no hubiera podido dormir durante las últimas noches, tomó la decisión de visitar al portero del edificio al día siguiente para ofrecerle una buena suma por instalar mosquiteros en las ventanas de su departamento. Ese sería el remedio más efectivo; con los mosquiteros ya no tendría que soportar aquel tormento diario y recuperaría su rutina, su memoria, su tranquilidad.

Cuando se fue a dormir no quiso ya emprender una nueva batalla contra sus verdugos; prefirió tratar de ignorar todo aquello que pudiera constituirse en un obstáculo para el descanso. Se acostó y la sorpresa de conciliar el sueño rápidamente desapareció con el sueño mismo. Llegaron las imágenes que no podía recordar cuando despertaba, confundidas con llaves, memoranda, relojes que marchaban a la inversa y grandes latas de un insecticida que más bien parecía pintura negra en aerosol. Sentía como si aun durmiendo hubiera por todos lados unos mosquitos del sueño que al picarle se llevaban algo importante de su vida.

Aquellos mosquitos revoloteaban alrededor de su cabeza haciendo un ruido ensordecedor. Uno a uno, se posaban sobre su frente, hundían su temible aguja y extraían enormes gotas de algo que no era precisamente sangre, sino un líquido menos espeso y de colores diferentes por cada mosquito que lo chupaba. Después despegaban lentamente, cargando con dificultad una enorme cantidad de aquel humor que los inflaba hasta volverlos burbujas translúcidas que salían por la ventana. Entonces, él veía cómo en el redondo abdomen de los mosquitos se proyectaban situaciones de su vida, rostros conocidos, lugares, recuerdos. Soñó que se llevaban sus recuerdos, sus certezas; que le

quitaban la facultad de acordarse, la única facultad que había desarrollado en su vida de rutinas claras y sistemáticas, de caminos rectos, de seguridades inamovibles.

La pesadilla duró quizá toda la noche. Vio pasar, transportada en alas de mosquito, su vida entera. Pero no pudo saberlo porque no recordaba nada cuando despertó, ni siquiera a los mosquitos que habían dejado sobre su frente un dramático empedrado de comezón que él se quedó rascando mecánicamente, con la misma expresión de un insecto al que le falta un ala y, aun así, trata de volar.



## BOTONES

La camisa se le ha comenzado a romper de tanto jalar los botones, pero no se puede quedar quieto con ellos. Los arranca y los vuelve a coser para tener algo que hacer, y los vuelve a arrancar. Solo cuando se levanta del sillón, frente a la pantalla, para servirse otra cerveza los deja en paz.

Ve un partido de fútbol; el *faul* dentro del área marcado contra su favorito le hace dar un fuerte tirón. El botón se desprende y cae al suelo. De reojo entre la televisión y el suelo, ve al balón dar en el poste y al botón rodar bajo el sofá. Contento porque el tiro no pasó a mayores, se agacha a buscar el botón. Pero un nuevo coraje se produce cuando el aparato le informa que en el contraataque las Chivas anotaron y él no pudo verlo por buscar el botón.

Va de nuevo por cerveza, medio tibia y sin espuma, y con ella se vuelve a sumir en el sillón. Se pregunta qué más podrá ver en la televisión después del partido. Se pregunta si la espera durará más que la cerveza caliente. Odia los comentarios de medio tiempo, pero los deja para tener algo que escuchar y no seguirse preguntando. Es mejor no seguirse preguntando, porque solo así logra sentir que el tiempo pasa más rápido que en la realidad.

Están repitiendo la jugada del contraataque, la del botón. La podrá ver completa. Su mano, sin preguntarle, se lleva a sí misma a los botones de la camisa. La repetición de la jugada vuelve a crear en él la emoción de presenciarla y en su mano el crispamiento que nuevamente logra desprender un botón. Esta vez pierde definitivamente la paciencia. Rabioso, lo ve rodar bajo la televisión. Tras un ademán violento con las manos y la cara, que expresa una desesperación mucho más larga que la que provocarían los simples botones arrancados, se va a la cocina.

Busca algo de comer. La espera ha sido tan prolongada que no quedan más que unas tortillas endureciéndose y unos chiles serranos muy poco atractivos. Llena un vaso con agua y se lo vacía en la garganta. Luego va al baño para descansar la vejiga encervezada. Mientras el chorro se libera dando gusto a sus entrañas, lo asaltan de nuevo las preguntas. Vuelve a pensar en salir, dejar la espera y los botones en su lugar, olvidar todo el asunto y escapar.

¿Pero si una vez afuera le da por arrepentirse y regresar? Ya no habría vuelta, no podría volver a entrar si dejara solo el departamento. Irse sería un error. Al fin, está la televisión, el segundo tiempo del partido que ya debía haber comenzado, y luego quizás una película vieja o las noticias. Quedan algunas cervezas; están el sofá y el sueño.

Abre la regadera y se quita los pantalones y la camisa para ponerse bajo el chorro. Pero como ha dejado de preguntarse, se tranquiliza y prefiere terminar de ver el partido.

Cierra el agua y vuelve, ya solo con camisa y calzoncillos. Al pasar frente a la cocina ve la lata de sopa de verduras en la basura y no puede evitar la evocación de un plato humeante. Se sirve más cerveza caliente y se sienta ante la

televisión en el momento en que el Veracruz cobra una falta cerca del área, que solo pasa rozando.

Cuando se acaba la cerveza y deja el tarro en la mesita, su mano se encuentra con la ausencia del tercer botón de la camisa. Se inclina para buscarlo, pero desiste para no perderse ninguna escena del partido. Piensa que también así, arrancados, no puede seguir jugando con ellos.

El partido termina sin más complicaciones, podía haberse puesto a buscar los botones y no haberse perdido nada importante. Se queda recostado y los comentarios finales lo arrullan hasta alcanzar un plácido sueño de colores y sonidos metálicos, fantásticos e incoherentes. Durante dos horas, más o menos, se empeña en estas imágenes, hasta que su sueño empieza a volverse tenso por cosas que ya no puede recordar cuando despierta.

Al abrir los ojos, la televisión exhibe a una mujer hermosa. Está elegantemente vestida de azul, decorada con una densa trenza rubia, perfectamente manufacturada. La mujer está sentada ante un escritorio de banquero importante, con el cual discute una operación financiera de muchísimos millones.

Juega a imaginarse el argumento de la película durante los anuncios, pero se le hacen eternos y prefiere cambiar los canales. Comprueba que todos están en lo mismo y termina por apagar la televisión para tratar de dormir de nuevo.

Apaga la luz; sin embargo, la oscuridad le hace pensarlo un momento y vuelve a encenderla. Si alguien llegara y no viera una luz encendida, tal vez no tocaría y se marcharía, y él no quiere seguir esperando. Piensa en dejar que la televisión siga hablando, pero no lo hace. Se acuesta y trata de dormir, de dejar que pase la espera como pasa la vida en los sueños.

Al rato despierta sobresaltado, cree haber escuchado que alguien tocaba la puerta. Como está completamente adormilado, se tropieza con la mesita en su carrera hacia la puerta, por lo que tira y rompe el tarro vacío de cerveza. Llega, abre y no ve nada. Intuye una sombra por la escalera y la sigue bajando tres peldaños. Pero, en el cuarto paso, siente una angustia bañada en miedo. Los vuelve a trepar de una zancada. Un segundo más y no hubiera podido impedir que la puerta se cerrara, dejándolo afuera en calzoncillos por una estupidez, una alucinación de la espera.

Entra, cierra y se recarga en la puerta, firme y protectora, centinela. Ahí espera hasta recobrar el aliento. Ya tranquilo vuelve al baño. De nuevo se pregunta y convierte en obsesión la espera. Piensa en que si realmente alguien llegó, él no abrió por estar dormido y ahora ha conseguido que la espera se extienda de nuevo indefinidamente, hasta que alguien toque otra vez, quién sabe cuándo.

Casi pierde el control de sí mismo. Su paciencia hace rato que está enterrada. Abatido, solo tiene voluntad para encender la pantalla en busca de la indispensable distracción; algo sobre qué volcarse para no pensar en nada, para no preguntarse.

Hay un noticiero. Trata de no escuchar las voces monótonas que describen con lugares comunes y repetidos las imágenes atroces que él prefiere ver como cine mudo. Como si también ahora, igual que en el programa de la bella dama de azul, prefiriera que su fantasía hiciera hipótesis sobre lo que registra su atención sobresaltada en la televisión. Pero se desespera, porque las imágenes vuelven tan rápidamente al locutor de rostro indefinido, que no le dan tiempo



de pensar más en que “hay guerra en...”. Hay guerra en el mundo, en el aire, en el tiempo...

Encuentra uno de los botones perdidos y lo cose a la camisa. Está tan absorto que no se da cuenta de que lo hace mal: a la mitad, entre las alturas de dos ojales. Cuando lo nota, casi al terminar, decide dejarlo: sabe que no tardará en volverlo a arrancar frente a la televisión, para coserlo una vez más en su sitio. Pero la mano no se acostumbra a tirar del botón sin que esté abrochado. Se llena de hastío cuando comprueba que abrocharlo en la posición en que lo cosió, deja un incómodo holán, ya del lado izquierdo, ya del derecho de la camisa; lo cual depende de si lo abrocha en el ojal que le queda arriba o en el de abajo. Finalmente, arranca el botón con despecho y se lo lleva a la boca, donde lo tritura dando a sus dientes un misterioso placer.

Permanece así, con pedacitos de plástico duro en la boca, jugando con la lengua, sentado frente a la televisión que ya no dice nada. En el colmo del aburrimiento, la espera regresa contundente a su cabeza. La vuelve a hacer consciente, preguntándose, reclamándose una y otra vez cuánto durará, cuánto tiempo más.

Recuerda que ya no hay ni una cerveza. Las tortillas están por fin totalmente duras y los chiles solo lograrían alborotar el deseo de comer con que él quiere solapar el tiempo de espera aún por transcurrir.

En la desesperación de permanecer sentado, síntoma y corolario de su larga espera, se acerca de nuevo al baño. Termina de desnudarse y abre la llave de la regadera. Mientras sale el agua tibia, da una vuelta por la cocina para perder lo poco que le queda de paciencia ante el hambre que se avecina terrible.

Ya no sabe cuánto tiempo ha pasado desde que se comió la sopa de verduras. Toca las tortillas y supone que dejarlas las hará cada vez más difíciles de digerir. Rompe una y se mete un pedazo a la boca. Un diente despierta adolorido por la dureza del alimento. Lo escupe con una muestra de asco. Piensa que ya es suficiente tiempo para que se caliente el agua de la regadera, así que regresa al baño, resignado a dejar que el hambre se apodere, poco a poco, de su estómago.

Pero el agua no se ha calentado. Le dan ganas de llorar. Hambre definitiva y urgente. Y preguntas, nuevamente preguntas. Solo el ruido del agua al caer sobre el piso de azulejos cuarteados, viejos, puede devolverle un poco de calma. Pero cree que el sonido tranquilizador del agua puede llegar a tapar los ruidos provenientes de fuera. Cierra la llave y abre la puerta mecánicamente para encontrar un pasillo que nadie ha pisado en mucho tiempo. La azota al volverla a cerrar. Aprieta los dientes en una mueca infantil que termina por producir una lágrima mustia de desesperación.

No hay más remedio que seguir esperando. Recobra la calma por un instante, avergonzado de su lágrima. Revisa el calentador del agua en la cocina y comprueba que está apagado. Y el tanque de gas abierto le asegura que tiene una nueva desesperación en puerta; la falta de gas. Ni siquiera podrá poner las tortillas al fuego para comérselas tostadas. Se mete un pedazo a la boca y lo mantiene ahí hasta que se suaviza y puede tragarlo. Toma un sorbo de agua de la llave del fregadero para ayudarse a pasar la masa áspera y desabrida.

Se moja la cara en espera de una frescura reconfortante. Pero esta no tarda en convertirse en frío, y el frío le trae

preguntas. El frío siempre trae preguntas consigo. Piensa que el frío es una enorme duda en sí mismo.

La pantalla sin programación sigue encendida. Se sienta ante ella y el ruido lo adormece pausadamente. Lucha contra el sueño sin poder vencerlo, hasta que se queda dormido en el sillón.

No se da cuenta de que su mano se mueve hacia los botones. El sueño lo ha arrimado hacia una serie de dudas que no se pueden expresar en palabras ni en imágenes concretas. Son preguntas que vuelan de un lado a otro, mientras esperan respuestas cuya estela de luz desaparece, yéndose cada vez más lejos, hacia el fondo de la noche.

Despierta sobresaltado, arrancando el último botón de la camisa, que vuela sin que su recién recobrada vigilia pueda localizar la trayectoria. Las preguntas por su destino se desvanecen bajo el sentimiento impaciente de haber dormido un largo rato y otra vez haber perdido la posibilidad de salir de ahí, de terminar la espera si alguien hubiera llegado a la puerta.

En realidad, su sueño es ligero, cualquier ruido lo despertaría; hasta los simples pasos de la gente en el corredor. Pero él cree que es pesado como una roca. El sentimiento de que ha pasado mucho tiempo durante su sueño nace al ver por la ventana que el día comienza a clarear nuevamente. Sabe que es un nuevo amanecer en la espera, pero ya no sabe cuántos han pasado desde que esta comenzó. De cualquier modo, la luz del día le trae nuevas esperanzas. Quiere estar seguro de que alguien llegará para sacarlo de ese absurdo encierro. Quiere estar seguro de que en el transcurso del sol que se asoma encontrará fin su desesperación.

Por un momento, más o menos largo, olvida el hambre y pierde el frío. Se sienta una vez más a ver la televisión en el día nuevo. Probará otros canales; tal vez encuentre un partido de fútbol a alguna hora del día. Así se queda, sin hacer caso de los botones durante un buen rato, hasta que el sol comienza a calentar la habitación.

Tranquilizado por el calor del día, se mete a la regadera para recibir el abrazo fresco del agua. Lo goza como una lluvia pausada y reconfortante, pero en el momento más inesperado, el agua deja de caer. Prueba la llave del lavabo y lo mismo. Corre a la cocina y encuentra el mismo resultado. La llave del fregadero se queda abierta como imagen de su desconcierto; cae una gota miserable y resbala por la cañería para perderse junto con su calma. Es un abismo negro de preguntas, de tiempo pasado como si durara el doble.

Siente que su espera lleva ya semanas, que su barba ha crecido y hasta encanecido. Se queda con las manos apoyadas en los bordes del fregadero y la vista clavada en la negrura del trayecto recorrido por aquella última gota. Siente cómo la piel de su vientre se pega a las vértebras, creando un vacío que rompe el pedazo de tortilla que su cuestionada humanidad no ha podido digerir.

Ya no le queda otra opción que la de volver a perderse en la televisión. Ahí sentado, sin lograr mantener su atención en la pantalla, su cabeza no puede dejar de formularse preguntas que se reproducen como botones que saltan desde camisas de miles de colores opacos y desconocidos.

Solo despierta de este trance cuando la luz del exterior comienza a desvanecerse, lo que significa que ha desperdiciado otro día; que quizás hubiera podido escapar y dejar esa espera imbécil atrás, sola y encerrada.

De pronto, la televisión deja de sonar. Se apaga, dejándolo todo en una oscuridad que a él le parece igual a la de la última gota de agua al caer por la coladera del fregadero. Lo que ya no puede distinguir es si eso sucedió esa misma mañana o la mañana de un día lejano y sombrío.

Las oscuridades se unen. La noche sin electricidad lo encuentra desesperado. Nadie verá una luz encendida en el departamento. Nadie tocará al día siguiente, si acaso llegara. No habrá ruido ni señales que indiquen la presencia de un *esperante* oscuro, desmembrado en preguntas como botones arrancados de la camisa por un impulso mecánico del miedo.

Se queda perdido en una desesperación cada vez más rotunda, transitando en un tiempo hueco que es solo la imagen de un hombre vuelto espera interminable.

## GRIETAS

—Volvió a venir el tipo de la delegación... ¿Me estás oyendo? Que ya es el último aviso, que si para dentro de una semana seguimos aquí, van a venir las máquinas a tirar el edificio con nuestras cosas adentro. ¿Oíste?, ¡José! ¿Oíste?

La respuesta es un golpazo, cuyo coraje logra desprender algunos pedazos de yeso alrededor del marco de la puerta. Ya desnudo, el concreto deja ver las grietas en su estructura, que desde hace ya tantos años tienen amenazada a la construcción.

Las grietas, sin que nadie se dé cuenta a fuerza de no mirar, han crecido poco a poco, alargándose con los minúsculos temblores que suceden todo el tiempo sin sentirse, sin ser exhibidos por los diarios ni los noticieros. Han ganado terreno, cubriendo como telarañas las paredes condenadas del viejo edificio, que nunca llegaría a ser antiguo porque ni siquiera es bello. Han crecido hasta con las vibraciones de los camiones al pasar por la curvatura del pavimento, apoyado en ese suelo fangoso en el que las construcciones —todas viejas, casi todas derruidas, lastimadas— se van hundiendo como dientes en carne blanda, desgarrándola.

Atraviesan el edificio y se prolongan hasta el suelo, como si el vacío echara raíces de espacio muerto; como si

quisieran alcanzar el centro de la tierra. Márgara observa las que son nuevas para ella, recién descubiertas por el portazo de José. Las suma a las otras; piensa que pronto crecerán yerbajos y enredaderas. Piensa, casi divertida, que son adornos con que el destino decora la inseguridad de su vida. Se acerca a la puerta de la habitación y, sin abrirla, llama a José. Él no responde. Se da la vuelta y regresa al sillón para seguir con un tejido que comenzó esa misma tarde. La radio está encendida, arrullándola, hasta que un cabeceo le hace equivocar el punto y solo deja caer el estambre sobre su regazo. Se duerme incorporando al sueño la imagen, que ya no reconoce, de la bola de estambre al caer, adelgazándose en su camino hacia el borde de la habitación, donde se detiene y se borra.

José también duerme detrás de su portazo. Una pesadilla lo hace agitarse de un lado a otro de la cama, sacándole ruidos y rechinos que en el sopor se vuelven grietas sonoras, que se abren con el temblor de su propio cuerpo, resquebrajándolo como si estuviera hecho de frágil concreto. Los ruidos alcanzan por fin sus huesos, delgadas varillas oxidadas que se desmoronan hasta despertarlo en un gemido.

En la otra habitación, también despierta Márgara en ese momento. Cada uno se levanta de donde está y se acerca a cada lado de la puerta. Él llega antes. Abre y encuentra a Márgara con la mano a la altura de la manija. Se miran y se abrazan durante un rato largo, tratando de resanar los huecos que todo el tiempo se atraviesan entre los dos. Como si tuvieran remedio después de tantos años.

—¿Viste lo del departamento?

—Sigue ocupado, Márgara, no se puede hacer nada —responde José desviando levemente la mirada—. Nadie

puede sacarlos de ahí, tienen influencias o buena suerte. O nosotros tenemos mala leche. ¿Qué podemos hacer? Mejor vámonos de aquí, vámonos a casa de tu tía Esperanza. Aquí ya no hay nada.

—Sabes bien que no nos podemos ir, que la tía no me quiere volver a ver —dice Márgara, quizá comprimiendo una lágrima—. Nunca me perdonará que me haya ido, ni cuando se muera. Además, cuando eso suceda, su casa se va a perder. ¡Tenemos que hacer algo aquí, José! ¡Tenemos que conseguir el maldito departamento!

—Vamos a ampararnos aquí en el edificio —piensa en voz alta José—. Juntamos a los vecinos y nos amparamos, y a ver quién nos saca.

—José, ayer se fueron los del cuatro. Y a don Matías se lo llevan mañana a un asilo, quién sabe dónde. Solo quedan dos departamentos ocupados aparte del nuestro. Nadie nos va a hacer caso...

Las grietas aparecen otra vez entre los dos. Hablar del único asunto del que pueden hablar los separa porque son dos desesperaciones encontradas desde hace tiempo, desde mucho antes del temblor, quizá desde que ocuparon ese par de habitaciones en las que José nunca estuvo tranquilo.

Ella vuelve al sillón. Recoge el tejido y empieza a enredar el estambre caído. José apaga el radio porque su ruido había estado ahí, quitándole la calma. Apura el agua de un vaso en un trago largo y continuo. Sus ojos dan con el techo al final del trago y descubren una grieta más, que lo atraviesa desde la puerta de entrada hasta la ventana que da a la calle. Se da la vuelta para ver el peligro en toda su extensión. El vaso resbala de sus manos y cae al suelo. Uno de los pedazos va a dar cerca al pie de Márgara, lo

corta ligeramente y deja salir un hilillo de sangre que se derrama hasta llegar al suelo y se va por una quebradura del concreto, de las que no son estructurales sino provocadas por la pura persistencia de los pasos. El dolor de la pequeña herida le hace girar la cabeza y alcanza también el objeto de la mirada desesperada de José.

—¡Este pinche edificio se va a partir a la mitad! —grita José con un escalofrío que le recuerda la concreción de su cuerpo. Patea los pedazos de vidrio contra la puerta de entrada. Uno alcanza a salir por debajo y ambos lo escuchan caer por los escalones del edificio para chocar contra la pared, y estrellarse una vez más medio piso abajo.

El sonido del vidrio al romperse es acompañado por un ruido de pasos que suben la escalera y terminan en cuatro golpecitos nerviosos a la puerta. Esa inesperada presencia allá afuera rompe con un sobresalto la tensión suplicante que aprisionó las miradas de Mágina y José después del grito.

José se queda congelado, recargado en la estufa. Después, solo deja que el peso de su cuerpo descanse en la pared.

—¡Quién! —grita mientras Mágina hace a un lado el tejido y, cansada, se levanta del sillón para abrir la puerta. No tiene prisa; quien sea puede esperar o irse y ya. Al abrir se encuentra con un hombre de corbata y portafolio.

—Buenas tardes —saluda el hombre—. ¿La familia Hernández? Me dijeron allá abajo que aquí podría encontrarlos.

—¿Qué se le ofrece? —pregunta José, impaciente, desde la pared de la cocina.

Su pregunta cruza el estupor de Mágina y alcanza al visitante como la punta de una lanza, impidiendo que se acerque.

—Buenas tardes —vuelve a saludar el hombre—. Represento a una importante compañía constructora y he sido comisionado para informarles que este inmueble será demolido dentro de pocos días. Nosotros construiremos un nuevo edificio en el terreno, pero no es posible iniciar los trabajos, como es obvio, hasta que esté completamente vacío. Hemos decidido darles cierta suma para agilizar el proceso. Creemos que es conveniente que acepten de inmediato esta oferta.

El hombre habla rápidamente, con una voz aguda que deja ver tras la seguridad de las palabras estudiadas y aprendidas de memoria, un intenso miedo a la reacción de José.

José tiene la sensación de enfrentarse a la más pura hipocresía. Sus nervios se tensan, alterados. Deja su refugio contra la pared y camina decidido hacia la puerta. Mágina se interpone, le cierra el paso a su agresividad, sabe que la situación lo impulsará a hacer una estupidez.

—Pásele tantito. Siéntese donde pueda —lo invita Mágina con forzada cortesía. Al mismo tiempo que mira a José pidiéndole con los ojos que trate de calmarse. Él lo entiende, pero su mirada le responde a Mágina que no lo soportará mucho, que lo dejará hablar y lo mandará para afuera, tal vez violentamente; al menos eso es lo que desean sus ojos. En el fondo, Mágina asiente. Esas miradas que son diálogo mudo entre los dos, anudan sus miedos y los convierten en valor desesperado mientras el hombre habla.

—De hecho, señor Hernández, la decisión de tirar el inmueble fue tomada hace más de un año, y como lo marcan los expedientes del plan de reconstrucción que obran en mi poder, ustedes ya debían haber ocupado...

Márgara lo mira y se ríe por dentro de su forma de llamar “inmueble” a un edificio que se cae a pedazos. “El edificio lo van a tirar porque se mueve, carajo”, piensa tratando de no escucharlo.

—...un departamento de fase dos. Además, los trámites de desalojo fueron realizados oportunamente. Aun así, la constructora ha decidido dar a los inquilinos que aún no han dejado sus departamentos, una pequeña indemnización... No, no se ofenda, señor Hernández —dice el hombre cuando ve que José patea un pedazo de vidrio—, con ese dinero usted podrá pagar los gastos de su mudanza y quizás algún depósito de renta...

José no lo deja terminar. Durante toda la perorata ha apretado los puños al final de sus brazos cruzados, y al llegar a este punto, sin poder contenerse, busca los ojos de Márgara por una fracción de segundo. Al encontrarlos entiende que no le responden negativamente; tiene vía libre para interrumpir al hombre.

—Váyase —dice tratando de aparentar tranquilidad, sin dejar que se note la tensión de sus dientes.

—Creo que le conviene, señor Hernández —se empeña el visitante—. Esta proposición...

—Váyase —vuelve a interrumpir José y se levanta del banco en el que estaba tan solo apoyado, pues durante todo ese tiempo no ha querido sentarse.

Márgara lo sigue y ambos ven cómo el hombre pequeño, frágil, se hunde en el sillón. Aferrado a su portafolio, el hombrecito saca fuerzas de algún lado e insiste.

—No tiene alternativa, señor —dice olvidando el Hernández—, de cualquier manera tendrá que...

La respuesta de José es por fin violenta. Lo prende de las solapas y lo saca del lejano fondo del sillón de Márgara.

Luego lo empuja hacia la puerta que ella abre. El hombre tropieza y cae. Sigue la trayectoria del pedazo de vidrio que anunció su llegada solo unos minutos atrás. Desde el descanso de la escalera voltea para ver la puerta cerrarse sobre su salida precipitada, ahogando el intento de gritar una nueva amenaza.

Márgara y José se miran, se acercan, se abrazan dentro del sórdido paisaje del departamento. Por un momento, su abrazo los esconde de las palabras del hombrecito. Márgara acaricia las canas y las arrugas en la frente de José, como queriendo desvanecerlas. Sin romper el abrazo, callados, se van a la habitación. Se echan en la cama con la luz apagada y, casi sin notarlo, dejan que sus caricias nazcan solas, dispuestas a llenar, con un placer crecido por los años de gozarlo, las grietas que los rodean por todos lados, por las señas del tiempo en su piel y sus esperanzas rotas, repartidas desordenadamente en los detalles que llenan las angostas paredes. Entra un chiflón por la puerta abierta, el mismo de tanto tiempo, el mismo que ha jugado tanto con las caricias sencillas pero seguras que van de uno a otro. Jadean, quizá hoy más que nunca, y con el ruido de su amor largo tapan el estruendo de la tormenta en que los ahogan las circunstancias.

Acaba de caer la noche y los descubre descansando, con las piernas entrelazadas sobre la cama. José enciende un cigarro y le da un par de fumadas. Márgara se lo quita suavemente para fumar también y se lo devuelve junto con una caricia casi invisible de tanto repetirse.

Ambos saben que en cualquier momento aparecerá de nuevo la tensión. No se atreven a hablar, y por un tiempo largo no se mueven. Hasta que José se levanta y se viste frente a la mirada comprensiva de Márgara.



—Voy a salir, Marga. Al rato vengo. Por ahí te traigo algo.

Ella no responde. Solo espera a que salga para cubrirse con las sábanas delgadas y limpias y cerrar los ojos otra vez. Su imaginación sigue a José mientras baja las escaleras, y se convierte en ensueño cuando él cruza la puerta de la calle.

Sin fijarse un rumbo, José camina hacia el Zócalo. Se ve muy festivo con la iluminación excesiva que anuncia unas fiestas patrias que ya no le pertenecen a nadie.

Los comerciantes que aún se atreven a ponerse por ahí, terminan de levantar sus puestos. Compra un tamal y un atole dejando una moneda de dos pesos y se pierde entre los campesinos que ha visto plantados durante las últimas tres semanas en la Plaza de la Constitución.

Camina entre las carpas y tiendas improvisadas percibiendo olores, el café dulce, los tamalitos, las tortillas. Es como si el monte estuviera ahí, despertándolo de un olvido lejano y viejo a base de aromas que lo hacen verse como un niño corriendo entre los cerros. Pero no es real. Es tan lejana y tan ajena esa niñez en el monte que piensa que se engaña a sí mismo. No es real, nada es real. Márgara y la casa, el hombrecito del portafolio y su amenaza, el olor a café y a humedad. Solo las grietas existen. Lo demás es solo aroma, ansia, desconocimiento.

Se queda hasta bien entrada la noche, con los campesinos que van y vienen a calentarse ante un fogón, prendido en el ombligo de la ciudad tal como en el pueblo o en el cerro. Sus conversaciones no giran alrededor del plantón, de la razón que los tiene ahí, del riesgo de ser expulsados violentamente. Hablan de todo y de nada; José escucha

palabras comunes y se da cuenta de que los campesinos no se recuerdan sus desgracias todo el tiempo.

José piensa que Márgara y él están viviendo lo mismo que esos campesinos, pero solos y encerrados. Camina de regreso, quizá reconfortado, pensando tan solo en la cama que Márgara está calentando. Pero los pasos de vuelta a la casa son como piedras pesadas, cada vez más pesadas. Al acercarse, sus ojos se posan en los edificios viejos, aún sembrados en el camino.

Las grietas, lo único real de todo lo que sucede. Las grietas vacías que se abren paso en el cemento amenazando su vida. Las grietas existen; lo demás, lo concreto, es irreal.

Llega sin sueño. Se sienta en el sillón de Márgara. Ella despierta porque siente su tensión y lo va a acompañar.

—¿Qué vamos a hacer?

No pueden articular otra pregunta. La dice cualquiera de los dos. O ninguno, de cualquier modo está ahí, tan presente y real como la amenaza de las grietas. No pueden quedarse, aunque no haya a dónde ir.

Márgara llora y José no la consuela porque adentro llora también. Saben que mañana vendrán a sacarlos, o pasado mañana, es lo mismo. Que el golpe al hombrecito traerá problemas, y después explosivos, máquinas, ruido, destrucción.

José no hace nada, ya no tiene fuerzas para intentar algo más. Y Márgara se queda viéndolo caer, incapaz de separarse, pero incapaz también de impulsarlo a buscar una opción que los saque de ahí.

Pasan en vela lo que queda de la noche, dejándose llevar por el impulso de la desesperación. Mañana, quizá mañana, quizá...

En algún momento, Márgara rompe el silencio. Sabe que cualquier palabra es peligrosa pero se anima a preguntarle dónde estuvo. José tarda un rato en responder. Descompone poco a poco su expresión rígida y, más tarde, le cuenta de los campesinos en el Zócalo.

Durante la madrugada, Márgara y José rematan sus pertenencias entre los vecinos. Consiguen lo suficiente para pasar sin hambre un tiempo breve. Han decidido no esperar a ser echados. Si todo se va a derrumbar, qué importa que sea antes o después. Ni siquiera hay un antes y un después precisos en ese tiempo.

José dice que pueden simplemente unirse al plantón de los campesinos como si fueran uno más; que ellos los ayudarán, y cuando su problema se resuelva, se irán con ellos a su tierra, a empezar de nuevo en un lugar sin rajaduras tan profundas como la ciudad.

No saben qué va a pasar; siguen sin saber qué va a pasar. Márgara piensa que solo han comprado una nueva incertidumbre. Al terminar de deshacerse de sus recuerdos se van de la mano con sus pequeños atados y unos cuantos billetes hacia el Zócalo. El rostro de José dibuja una pequeña sonrisa, pero el de Márgara no dice nada. Lleva la mirada perdida, como si estuviera dispuesta a hacer todo lo que José le diga, pues ella ya no tiene fuerzas para pensar ni querer nada.

La ciudad aún no termina de despertar. Caminan a buen paso por las calles del centro, hasta llegar al Zócalo que está completamente vacío, muerto, con sus luces enormes e insignificantes. Solo ven a un grupo de barrenderos terminando de limpiar los restos de un plantón desalojado por los granaderos.

José no sabe si lo que vio la noche anterior fue un sueño o si lo que ve ahora es una pesadilla. No sintió en qué momento Márgara se soltó de su mano. Al mirar hacia atrás la encuentra recargada en la pared de un edificio cuarteado, tendido en la ciudad como si solo esperara el momento de caer. Sin miedo, sin esperanzas, Márgara deja escapar una lágrima fría que va dibujando una grieta en su rostro.



## EL ENCONTRADOR

Crecenciano pasó su infancia en el barrio de Mexicanos, en San Cristóbal, viendo cómo su familia de cueteros hacía enormes castillos de luz y colores explosivos, destinados a quemarse los días y las noches de fiesta en cada barrio de la ciudad.

Desarrolló una extraña capacidad de rastreo. Desde pequeño, Crecenciano era enviado en la madrugada a las calles y los parques en los que hubo celebraciones con cuetes la noche anterior, para recoger los cebados. Los distinguía inmediatamente del resto de la basura y los juntaba para llevarlos a su casa, donde la pólvora sería reutilizada.

Por supuesto, los cuetes elaborados con pólvora medio quemada, producían más cuetes cebados que Crecenciano volvería a recoger. Cuando empezaba a levantarse la niebla de la madrugada de San Cristóbal, quedaba libre apenas la distancia necesaria entre los ojos de su cuerpo agachado y el suelo, para encontrar lo que buscaba. El negocio de la familia, negocio regocijante de la luz y el trueno, dependía de aquella habilidad para redondear sus cuantiosas ganancias.

Al crecer, Crecenciano tomó las riendas del negocio, pero no permaneció durante mucho tiempo en él. Una extraña y comentada desaparición de San Cristóbal lo

llevó a la selva y a otros lugares, en donde desempeñó diversas labores, aunque sin perder nunca la posición ni la obligación de encontrar cosas útiles entre sus semejantes inservibles.

Nadie como él, durante su juventud en la Lacandonia, para encontrar caoba entre los amates, ámbar entre las resinas, quetzales entre las guacamayas. Nadie como él para distinguir el coralillo del falso coral con una sola ojeada, un reojo de su cabeza agachada.

Se inventaron muchas causas para explicar por qué dejó el frío de San Cristóbal y el seguro negocio familiar de los cuetes. Se dijo que así como era capaz de encontrar entre los objetos del suelo, fue incapaz de hallar entre los corazones uno que satisficiera sus deseos. Localizó a su amor no entre las solteras de la ciudad, sino entre las ocupadas. Se dijo que el cornudo ofendido amenazó a Crecenciano con prender fuego a su casa si no se largaba para siempre de la ciudad. Y él, previniendo las consecuencias fatales de tal posibilidad, no solo para su casa sino para toda la manzana en cuyo centro se encontraba el polvorín, habría decidido tomar el rumbo de lo verde.

Otra de las hipótesis improbables de su huida al paraíso de la lluvia, comentada por aquellos que no se daban a creer en amenazas de cornudo, se atribuyó a la ira del presidente municipal. Se dijo que, al bajar del balcón de Palacio, un memorable 15 de septiembre después de dar el grito —de la independencia chiapaneca—, fue sorprendido por un torito en pleno derroche de explosiones y bengalas que perseguía a unas muchachas por la plaza. Dijeron que era el mismísimo Crecenciano quien lo conducía en absoluto estado de ebriedad.

El presidente fue arrollado y sufrió una importante quemadura, pues uno de los muchos subidores incorporados al cuerpo del torito, se le clavó en el centro del culo, quemándole pantalón y piel por igual. Se dijo que a Crecenciano lo mandaron a dormir la cruda varios días en la cárcel, y que todo esto pasó alrededor de los mismos días en que se sintió su desaparición de San Cristóbal.

Sin embargo, la versión que dieron los más enterados y maliciosos decía que Crecenciano fue atrapado con un cargamento de cuetes en una camioneta que iba rumbo a Cintalapa. Los cuetes, según la historia, estaban llenos de una finísima pólvora blanca, que explotaba sin trueno en la nariz y la cabeza de los compradores. Dicen que cayó en una emboscada de judiciales cerca de Malpaso, junto a una barranca.

Crecenciano aprovechó un descuido del agente que lo golpeaba para volar sobre la barranca, llevándose un balazo en un muslo y fracturas en brazo y costillas al caer entre el follaje. Dicen que se arrastró perdiendo sangre hasta toparse con la choza de un curandero solitario —esa capacidad de encontrar— en la selva de los Chimalapas. Al sanar, de ahí partió hacia la Lacandonia, con una leve cojera que insistía en su posición siempre agachada, y algunas enseñanzas mágicas que, seguramente, le habrían avisado la mirada.

Se estableció al sur de Frontera Echeverría, en un meandro del Usumacinta que escondía una cueva desconocida para pelotones de soldados y guerrilleros, tanto guatemaltecos como mexicanos. Ahí creó su centro de operaciones.

Su prestigio de “encontrador de lo valioso” creció entre los contrabandistas de todos los mercados negros

que proliferan al amparo de la bóveda verde. Se asoció con los traficantes de animales en vías de extinción. Creó un emporio que llevaba loros y guacamayos hasta Texas; serpientes y lagartos a California, y pieles de jaguares y tigrillos al centro del país, de donde eran exportados hacia el Viejo Continente.

Cuando el negocio dejó de ser rentable, es decir, cuando no hubo más animales en la Lacandonia y se vio obligado a pagar precios muy altos para conseguir que lo dejaran explotar el Petén guatemalteco, se inició en el negocio de la madera.

Logró, para empezar, un arreglo con un aserradero clandestino, propiedad de un pariente del gobernador, que le pagaba a precio de oro los cedros y caobas talados sin dañar el resto del follaje selvático; no por razones de política ecológica, sino para esconderse de la ley, que normalmente perseguía taladores “irracionales” y atrapaba solo campesinos pobres que migraban en busca de terrenos para la milpa o el potrero.

No hizo falta mucho tiempo para que los servicios de Crecenciano terminaran con las maderas preciosas de una vasta región fronteriza. Tuvo que abandonar el trabajo y la cueva para dedicarse a buscar alguna nueva manera de ganarse la vida.

Su oficio de encontrador lo llevó a enrolarse en Pemex, suponiendo que el petróleo era lo mismo que los cuetes o los árboles. Nunca encontró nada puesto que fue destinado al trabajo de perforación de un pozo ya existente. El negocio que abrió a partir de entonces fue el de encontrar mujeres, mayoritariamente refugiadas guatemaltecas, para canalizarlas a los deseos insaciables de los solitarios hombres del

petróleo. Sabía distinguir a aquellas dispuestas a cambiar de vida del resto de las mujeres migrantes.

Les ofrecía trabajo de afanadoras en los campamentos petroleros y las concentraba en un punto perdido de la frontera, del lado guatemalteco, llamado, paradójicamente, "Gracias a Dios". Ahí las adiestraba sirviéndose de ellas, desvirgando a las que aún no lo habían sido y prometiéndoles por la plusvalía de su cuerpo las minas de Salomón. Con la misma moneda, carne de mujer, pagaba las eventuales mordidas a los sargentos fronterizos, de un lado y del otro, para pasar a las muchachas. Las montaba en una recua de mulas cerreras mal habidas y las repartía de campamento en campamento, cobrando personalmente el precio del servicio.

Aunque su posición de cacique en la prostitución organizada de los territorios petroleros de la selva le daba más de lo que necesitaba para vivir, un acontecimiento inesperado lo llevó nuevamente a cambiar de actividad. Una de sus empleadas contagió de gonorrea a un importante capataz petrolero que juró encontrar y matar a Crecenciano, pues él, en una borrachera, había garantizado con su vida la limpieza y salud de sus mujeres.

Crecenciano tuvo que huir, y no imaginó un mejor lugar que su vieja cueva en la frontera. Logró despistar a sus perseguidores, pero le costó mucho trabajo encontrar su escondite. Los bombardeos de los ejércitos guatemalteco y mexicano, contra sus respectivas guerrillas, habían derrumbado la entrada de la cueva, por lo que tardó varios días en volverla a abrir. Pero se llevó la mayor sorpresa de su vida al entrar y encontrarse con un tesoro de 100 kilos de cocaína y 500 de marihuana, resguardado en su propia

casa por dos calaveras con expresión de aterrorizada asfixia y desesperación.

Entre los petroleros, Crecenciano había llegado a conocer bien a los adictos y los medios para alcanzarlos. Cuando se le terminó aquella mercancía tenía, de la nada, de la suerte encontradora, una pequeña pero apreciable fortuna, suficiente para retirarse de las malas artes y dedicarse a un negocio más seguro y tranquilo, como el contrabando de ropa o tabaco.

Pero su destino encontrador y su codicia insaciable, lo pusieron en contacto con la mafia organizada de las drogas en la selva. Se convirtió en un importante peldaño de la escalera de cocaína que subía desde Colombia hasta Miami, pasando por la misteriosa selva Lacandona.

Su fortuna siguió creciendo gracias a su habilidad para enganchar chivos expiatorios, por lo común extranjeros o chilangos de aventura atados al vicio, que al ser atrapados solo desviaban la atención de las autoridades.

Sin embargo, un día el encontrador fue encontrado, y en esa ocasión ya no pudo escapar. Equivocó el tiro; dicen que confundió a un judicial güero con una posible víctima. Son incontables las palizas que lo llevaron a perder la movilidad de su ya balaceada pierna, dejándolo aún más agachado de lo que su viejo oficio de encontrador lo había puesto.

Pasó muchos años en la prisión de Tuxtepec, Oaxaca, famosa por la cantidad de muertos que producía, así como de fugitivos. Durante largo tiempo sufrió lo que sufre cualquier preso, hasta que encontró una actividad cuando ya tenía cierto prestigio entre los convictos. Se dedicó a recorrer los pasillos y recovecos del penal con la eterna actitud encontradora, juntando colillas, hasta que empezó

a encontrar restos de marihuana por todos lados. Con eso armaba paquetitos de yerba semifumada y los vendía a bajo precio.

Así sobrevivió en la cárcel, hasta que su negocio golpeó el de los capos de la mota en la prisión, siempre coludidos con las autoridades. Lo salvó la casualidad, la buena suerte. Aunque durante varios días lograron darle numerosas golpizas, unos momentos antes de la hora en que se había programado su ejecución pudo arrastrarse en la oscuridad y esconderse entre las cajas vacías de un camión de materiales, en el que escapó de su fatal destino dejando como único recuerdo su muleta y una terrible carcajada que aún resuena entre las paredes de concreto pintarrajeado del penal.

Crecenciano siguió arrastrando su pierna durante mucho tiempo. Volvió a pisar selvas. Dicen que hasta fue a buscar al curandero de los Chimalapas para pedirle consejo, que quizá puso sus particulares habilidades al servicio de causas más justas de las que había abanderado en su vida. Quizás entonces hubiera extrañado la niebla de la montaña y los cuetes, pero ya era presa del camino.

Dicen que, cansado de tanto andar, solo busca lo necesario para sobrevivir en paz. Que anda por el Soconusco, la frontera, agachándose a recoger monedas tiradas, papeles, colillas, cualquier cosa. Que se le puede ver a veces, envuelto en mugre y con el pelo largo, arrastrar su pierna y un carrito lleno de cosas encontradas. Dicen que tiene la expresión cansada y huraña de quien no habla jamás; que a veces parece un viejo sabio, cabizbajo, con los ojos fijos en el suelo y los reojos en las circunstancias que lo sacarán de la vida algún día.

## LÁGRIMAS

ANA lo fue acostumbrando a su presencia inesperada. Las primeras noches desde su vuelta fueron frescas, aun con la carga de todo lo que —por prisa más que por temor— permanecía oculto. Se envolvieron en una desesperación erótica incontenible sin entender por qué: nunca antes había sido ese el territorio de las disputas. Poco a poco fueron atrapándose con los cuerpos, en calores profundos y cercanos. Después de tanto tiempo de soledades y esperanzas dibujadas en un horizonte borroso que el tiempo se empeñaba en desvanecer; extrañándose confundidos, sin saber si se esperaban en realidad, el reencuentro los fundió por la piel en un mismo sudor. Así, el principio fue claro y ligero, pero cada uno se convirtió para el otro en un personaje fantástico y no se dieron cuenta de la suavidad con que pasaba el tiempo. O quizá, por consejo de una enredada sabiduría, prefirieron callar. Por supuesto, lo gozaron. Se aceptaban e incluso se deseaban en su intimidad. Hasta que lo turbio, lo callado, terminó por oscurecer al amor, dejando que la realidad irrumpiera con todo su desencanto.

Quizá comenzó Ana. Algo que la llenaba de cansancio mató lentamente su deseo. Tal vez se dio cuenta de que el amor crecido en la fantasía de la distancia no resistía el

enfrentamiento con la siniestra concreción de la cercanía (a veces, a las imágenes que nos quedan en la memoria las distorsionan los sentimientos que provoca la soledad, el extrañar). La verdad era que en la visión que Ana se había formado de él durante su ausencia, se habían borrado los horrores que ahora, nuevamente, la golpeaban derrumbando el sueño.

Jorge, mientras tanto, se había sumergido en una pasión que lo cegaba, pero veía cómo Ana retrocedía, y empezó a abandonarse a un desinterés sofocante por cualquiera de sus actitudes frías, altivas o simplemente distantes. Una forma de desidia provocada por conflictos que consideraba inútiles lo hacía sentirse como muerto sin flores. Y claro, aunque no lo pretendiera, su silencio enviaba mensajes que a ella nunca le costó trabajo entender para reducir a su sitio lo insignificante.

El juego que surgió de esta trama tuvo que encontrar tarde o temprano un pretexto. Igual que en el encuentro, fueron sus cuerpos los depositarios del cansancio. Él dejó caer el peso de su pasión gastada sobre la piel, justo lo que Ana estaba ahora menos dispuesta a ceder para demostrar lo rotundo de su frialdad. Jorge quiso precipitar los acontecimientos, quizás indiferente, quizás esperando como consecuencia una ruptura sin responsabilidades que dejara en ambos un dolor ligero, fácil de sobrellevar o hasta olvidar.

Ana, en cambio, callaba porque no se atrevía a traducirse a sí misma las palabras que buscaba cuando por fin lo dejaba solo para estar sola también. Entonces se sentía liberada de la carga de ese cuerpo sediento, terco en el intento de estar siempre dentro de ella, de penetrarla hasta alcanzarle el alma y vaciarle el líquido viscoso en el vientre, desbordarlo

en la entrepierna y salir por fin satisfecho. Odiaba sentir esas manos grandes y ásperas sobre la tersura de sus senos, y mucho más aquella lengua gusano escudriñándole el universo.

Acabó por aborrecerlo, aunque, temerosa de sus propios sentimientos, trataba de convencerse a sí misma de que algo tendría remedio y permanecía cerca de él. Se empezaron a destruir, a destrozarse ya de por sí cansadas ganas de amar, hasta que dejaron de pasar las noches juntos. Jorge perdió el sueño, mientras Ana, creyendo que lo ganaba, se despertaba cada mañana adolorida por la tensión con la que había dormido. Al mismo tiempo que ella entablaba una batalla nocturna contra sus propios fantasmas, él, en el verano ardiente de sequía y mosquitos imposibles, daba vueltas y vueltas en la cama con las cosas que suponía causas seguras de todo lo que sucedía; pensando y pensando hasta quedar siempre más confundido. A veces, una de esas causas se convertía en una lágrima, y Ana la compartía desde su sueño distante y tenso.

Jorge se desaparecía; Ana se petrificaba. Lo que cada uno veía al principio en el otro se convirtió en una especie de vago recuerdo cercano a la nostalgia. Hicieron un esfuerzo por alejarse que los llevó a enterrarse cada quien en sus propios pretextos. Intentaban, ya más que asirse, deslumbrarse, ser apenas levantados del suelo por un soplo de la suerte, difuminarse de la existencia en un último resplandor.

Pelearon todavía durante algún tiempo, con ese amor que es guerra desalmada entre dos enemigos que se necesitan uno al otro desesperadamente para poder ser, para poder continuar habitando la vida. Pero sus cuerpos se encontraban cada vez menos y si lo lograban les quedaba

un sabor desconocido y amargo, una pequeña muerte en la piel, un rasguño de dolor.

Un día fingieron encontrarse. Jorge volvía de la calle, molesto y cansado por el peso cotidiano de la rutina que le había ahogado el día con frustraciones y tiempos muertos, lo cual no hubiera sido tan importante de no haber tenido el hueco de la guerra contra ella. Esperaba cercanía, la cama, los rituales consabidos, toda la condescendencia necesaria para acortar la distancia. Y Ana, aunque estaba ahí porque quería, era un muro impenetrable de autosuficiencia. Hablaron sin escucharse un rato. Sin embargo, más tarde Ana respondió a su modo, dando de su seno solo aquello que le permitía no darse. Y mientras luchaban contra sí mismos por acercarse, creció entre los dos un silencioso resentimiento.

Ana se fue a la cama y Jorge la siguió sin saber si lo deseaba. Una vez acostados, él comenzó a acariciarla y se sorprendió con ironía al ver que ella respondía. Jorge se endureció mientras Ana se volvía agua en el vientre. Ambos se tocaron sin percibir cómo las cosas cambiaban de sentido.

De pronto, donde debía haber palabras solo hubo jadeos. Quizás el placer completo, la fusión, la confusión, la paz de la tormenta cuando ya es imposible luchar contra ella y no queda más remedio que dejarla avanzar destruyendo. Jorge alejó sus remordimientos mientras en Ana se desvanecía el enojo, pero ya no se daban cuenta. No tenían ni manera ni ganas de entender.

Su furor aumentaba hasta hacer desaparecer el mundo, hasta quedarse sin puntos de referencia. Llegaban a un fondo oscuro del placer de los sentidos, una suave

inconciencia después de un tiempo frenético que se parecía a la eternidad.

Jorge sentía en la mitad de un sueño que su grito simultáneo, casi coral, era un rasguñito más para el dolor. Aún dentro de ella, aún mojados, derretidos; aún mientras se movía por última vez sobre su cuerpo ausente, los ojos abiertos de ambos se desviaban hacia el vacío. No había más palabras. Ambos estaban ahí, húmedos de lágrimas del vientre y de la piel.

## ÍNDICE

|                                |    |
|--------------------------------|----|
| Un gato ahí .....              | 9  |
| No tuviste más remedio .....   | 10 |
| Pegadito a las paredes .....   | 15 |
| La traición del ojo .....      | 27 |
| Mariposa.....                  | 38 |
| Los apóstoles del diablo ..... | 50 |
| Botones .....                  | 60 |
| Grietas .....                  | 73 |
| El encontrador .....           | 80 |
| Lágrimas .....                 | 87 |



Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres gráficos de Editorial San Marcos situados en  
Av. Las Lomas 1600, Urb. Mangamarca, S. J. L., Lima, Perú  
RUC 10090984344

